

LORENZO VALLA

LA CONQUISTA
DE ANTEQUERA

CON LA

LEYENDA DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

ANTEQUERA

1957

1245

La Conquista de Antequera

con la Leyenda de la Peña de los Enamorados

Traducción al texto latino
LA CONQUISTA DE ANTEQUERA

Del Sr. D. José López de Tena
de la Academia Nacional de Historia

Edición y notas
del

Dr. Francisco López Estrada
de la Universidad de Sevilla



ANTEQUERA

PUBLICACIONES DE LA «BIBLIOTECA ANTEQUERANA»
DE LA CAJA DE AHORROS Y PRÉSTAMOS DE ANTEQUERA

1

LA CONQUISTA DE ANTEQUERA

IMPRESO POR G. E. H. A. ALFONSO XII, 12. SEVILLA

LORENZO VALLA

La Conquista de Antequera

con la Leyenda de la Peña de los Enamorados

Traducción del texto latino

por el

DR. JOSÉ LÓPEZ DE TORO

de la Biblioteca Nacional de Madrid

Prólogo y notas

del

DR. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

Catedrático de la Universidad de Sevilla



ANTEQUERA

1957

R. 1.245

La Caja de Ahorros y Préstamos de Antequera ofrece con este libro una modalidad más de su acción cultural, complemento de la que ejerce, en otro aspecto, la "Biblioteca Antequerana"; de la inauguración del nuevo edificio social de la Biblioteca quiere ser esta obra perdurable recuerdo. Trátase de publicar una colección de libros de muy diverso contenido, pero todos coincidentes en referirse a cuestiones de Antequera. Está concebida esta Colección, que se ha de llamar "Publicaciones de la Biblioteca Antequerana", con una gran amplitud de miras: sus libros han de tratar de asuntos de historia local, de temas literarios enlazados de algún modo con nuestra ciudad, o de cuestiones de cualquier otra índole que puedan ser de interés para Antequera; publicará también obras de creación: libros de poetas, novelistas y escritores de Antequera, pasados y presentes, que sirvan para poner de relieve la aportación de los mismos al patrimonio espiritual de España. De esta manera la Caja de Ahorros y Préstamos quiere no sólo servir en las cuestiones económicas que le son propias, sino también ayudar en la medida de sus disponibilidades a la difusión de la cultura, para que, de esta variedad de actividades, resulte un beneficio para todos y se continúe la tradición literaria que siempre tuvo nuestra ciudad.

PRÓLOGO

Insigne y muy celebrado es curioso relato de la conquista de Antequera, muy poco conocido y casi siempre olvidado de segunda mano. Me refiero a la *Historia de Ferdinando Rege Aragonum Infans Tota* de la Historia del Rey Fernando I de Aragón del escritor italiano Lorenzo Valla, en la parte que trata del cerco y rendición de Antequera. Quisiera, por de pronto, señalar la extraordinaria vida de su autor, nacido en Roma en 1407 y que murió en la misma ciudad en 1457. Fue Lorenzo Valla uno de los más despiertos espíritus del siglo XV. Con sus obras, muy discutidas por algunos y admiradas por otros, Valla suscitó una polémica crítica que recorrió en Italia los más altos y trascendentales del Humanismo en aspectos de la filosofía, la biología y la historia. Como uno que decidió erudito llegó a ocuparse de Antequera, la entonces perdida villa de frontera en la España andalusí, tan ajena al pensar de sus

PRÓLOGO

En la historia de España, la conquista de Antequera es un episodio importante que se narra en la *Historiarum Ferdinandi Regis Aragoniae Libri Tres* de Lorenzo Valla. Este autor, nacido en Roma en 1407, fue uno de los más destacados humanistas del siglo XV. Su obra, que trata de la historia de España, es una de las más importantes de la época. En ella se narra la conquista de Antequera, un episodio que ha sido objeto de muchas controversias. Valla, en su obra, describe la batalla y la caída de la ciudad, un momento crucial en la historia de España. Su relato es detallado y ofrece una perspectiva única sobre los acontecimientos. La obra de Valla es considerada una de las más importantes de la literatura humanista del Renacimiento. Su estilo es claro y directo, lo que le permite transmitir los hechos de una manera convincente. La conquista de Antequera, según Valla, fue el resultado de la valentía y el liderazgo de Fernando I de Aragón. Este episodio marcó el fin de la independencia de los reinos de la península ibérica y el inicio de la unificación española.

I

LA HISTORIA DE VALLA

Inaugura esta Colección un curioso relato de la conquista de Antequera, muy poco conocido y casi siempre citado de segunda mano. Me refiero a la *Historiarum Ferdinandi Regis Aragoniae Libri Tres* (o sea la Historia del Rey Fernando I de Aragón) del escritor italiano Lorenzo Valla, en la parte que trata del cerco y rendición de Antequera. Quede, por de pronto, señalada la extraordinaria valía de su autor, nacido en Roma en 1407 y que murió en la misma ciudad en 1457. Fue Lorenzo Valla uno de los más despiertos espíritus del siglo XV. Con sus obras, muy discutidas por algunos y alabadas con fervor por otros, Valla suscitó una polémica crítica que renovó en Italia los métodos y procedimientos del Humanismo en aspectos de la filosofía, la filología y la historia. ¿Cómo este enardecido erudito llegó a ocuparse de Antequera, la entonces perdida villa de frontera en la lejana Andalucía, tan ajena al parecer de sus

ocupaciones cortesanas e intelectuales en Italia? Cuando escribía las páginas de la *Historia* del padre de su mecenas, el Rey de Aragón, Valla hubo de mencionar a Antequera porque el hecho de su conquista repercutió en toda la Cristiandad y porque quedó ligada para siempre a la gran figura de don Fernando I de Aragón, el Rey *justo* y *honesto* al decir de los historiadores, llamado por antonomasia "el de Antequera", Infante de Castilla cuando vino a rendir la villa de los moros (1410). Lorenzo Valla fue secretario del Rey Alfonso V de Aragón, hijo de don Fernando; al servicio del Rey *magnánimo* pasó Valla doce años, y en el ambiente de su corte, tan propicio al cultivo de las Letras, compuso la *Historia* arriba mencionada en los años de 1445 a 1446. Se trata, por tanto, de un relato panegírico, una narración de carácter cortesano, y por este motivo don Fernando aparece como el héroe central de la obra, el "general", como se le llama en el trozo de Antequera. Valla tiene su propio concepto de la *Historia*, que otros humanistas le discutieron, y así vemos que, en una narración de hechos que sigue la tradición del género antiguo (tal ocurre, por ejemplo, con las arengas de los personajes, o con el llamar "bárbaros" a los moros), no deja de aparecer la preocupación por la modernidad, en particular en torno de la "persona" y su anecdótico, y también por los pormenores curiosos que le salen al paso.

Vemos, pues, que la obra se escribió aproximadamente unos treinta y cinco años después de los hechos de Antequera, y unos treinta después de la muerte de don Fernando (1416). Valla pudo

tener, por tanto, información, si no directa, al menos muy cercana a la conquista y a su héroe, y el testimonio de su obra merece, por tanto, cierta consideración. No es, sin embargo, primordial, pues en relación con la toma de Antequera, hay otra fuente más importante: la *Crónica del Rey don Juan el segundo* de Alvar García de Santamaría (murió en 1460), que nos ofrece un minucioso relato del cerco con un pormenor realmente insuperable, y aun abrumador en ocasiones. En parentesco con esta Crónica (consultada por mí en el manuscrito de la Biblioteca Colombina de Sevilla) se encuentra la difundida *Crónica* del mismo Rey "corregida por el doctor Lorenzo Galíndez de Carvajal" (impresa en Logroño por vez primera en 1517, y que cito por la reimpresión de Pamplona, 1590), que también sobrepasa en extensión y pormenor a Valla. Merece, con todo, que esta parte de la *Historia* del escritor romano se conozca, y para servir tal fin se imprime esta traducción. La obra de Valla sobre don Fernando apareció en París, impresa el año 1521, libro hoy muy raro, y difícil resulta también encontrar las posteriores ediciones de la *Historia*. Quedó el libro del humanista oculto por su rareza, y también guardado en cierto modo de la curiosidad romance por hallarse escrito en latín, y aún diría que no en el latín común de la época, sino en la obra de un acendrado estilista que escribió la lengua antigua no como un simple medio de comunicación erudita, sino como una expresión renovadora que poseía, por el sentido con que la manejaba, carácter propio. No es, pues, de extrañar que esta parte de la historia de Antequera pueda con-

siderarse como inédita, al menos en su versión española. Sólo un maestro en el arte de la traducción podía hacerla con la dignidad que merecía el trozo, y ha sido el Padre Dr. López de Toro, de la Biblioteca Nacional de Madrid (cuyas versiones de los escritores del Humanismo renacentista son hoy consideradas como obras cumplidas de inteligencia y expresión), quien pasó al castellano el difícil texto latino. Precisamente para un principio de valoración histórica del texto (que aquí no puedo hacer en extenso por el carácter de este prólogo y porque espero que lo hagan con más autoridad los historiadores de este período) conviene conocer el juicio que mereció al Dr. López de Toro, a través de su experiencia de traductor, este trozo de la *Historia del Rey Fernando*, de Valla: "mi criterio como traductor que se adentra en la obra original, es que Lorenzo Valla recibió en castellano los originales de su obra, y él no hizo otra cosa que ponerla en latín que es mucho más flojo que el resto de sus obras concebidas en esa lengua, a pesar del tono clásico que ha querido darle en arengas, descripciones y semblanzas. Se advierte algo de ficticio y artificioso que hace mucho más difícil su restitución al castellano. No es, por tanto, mía la culpa si en algunas ocasiones se adivina lo que quiere decir y no salta claro a la vista, como pasa con el pensamiento de los clásicos y aun de algunos humanistas de menos categoría que Valla". De ahí en cierto modo su interés. Es indudable que hay en la obra un fondo documental: cabe pensar en el relato de algún testigo o en la "tradición" separada apenas por una generación de los hechos que cuenta. Si se consi-

dera la lejanía geográfica y espiritual del historiador con respecto a estos hechos, se echa de ver que con todo alcanzó una información que conoce de buena fuente, en líneas esenciales, el asunto de la conquista. Las divergencias con respecto a García de Santamaría son bastantes, pero diríamos que accesorias, y parecen obedecer más al carácter de la guerra de frontera que a ignorancia. Es cierto que la cronología no se ajusta a los hechos, y que las cifras aparecen aumentadas según el sentido de "grandiosidad" con que está concebido el mismo héroe de la Historia, pero hay un conocimiento fundamental del cerco y rendición de la villa. Existe un argumento vertebral: el asedio de la villa con los dos ataques, uno frustrado, y el otro victorioso; y en torno, la tela de araña de las incursiones de un bando y otro, movidas por los sitiadores y por los que acuden en socorro de la villa. De la diversa conjunción de los hechos del cerco y de este otro vaivén de las algaras y escaramuzas resultan en parte las divergencias del relato en relación con la Crónica.

Para una más cómoda y orientada lectura, he querido poner de relieve los diversos acontecimientos del curso de la conquista dividiendo el trozo de la *Historia* de Valla en capítulos y situando en las márgenes algunas indicaciones aclaratorias. También algunas notas más al pie de página subrayan las diferencias con las *Crónicas* e informan sobre los mismos hechos y su cronología según estas otras fuentes.

I I

LA CONQUISTA DE ANTEQUERA, SEGUN
LA HISTORIA DE VALLA

He aquí un resumen del cerco y toma de Antequera, tal como aparecen contados por el humanista romano. Después de describir el emplazamiento de Antequera y la posición de las fuerzas cristianas, se refiere Valla a las disposiciones que don Fernando tomó para que en la villa sitiada faltase el agua. Las célebres bastidas de Antequera no parecen haber sido, según el humanista, artefactos de gran utilidad, sino más bien máquinas aparatosas destinadas a distraer la atención de los moros. Más confianza puso don Fernando en unos pasos subterráneos que desgraciadamente descubrió el enemigo por las voces destempladas de un soldado. Refiere luego el auxilio que el rey de Granada, Yusuf III, envió a la cercada Antequera. Valla atribuye a orgullo el que el rey moro enviase a dos Infantes contra el de Castilla. Don Fernando arenga a los cristianos con una pieza oratoria muy propia de la historia humanística, y se dispone a recibir al enemigo que acude en socorro de la sitiada villa. Pronto se avistan las vanguardias moras, y el Infante envía a Pedro Ponce para que reconozca los efectivos y observe los movimientos de la tropa, y sobre todo para que avise al Obispo don Sancho de Rojas, que había ocupado un monte cercano al real, enfrente de la villa. El explorador fue perseguido por las avanzadas moras, que acosaron también al

Obispo, de tal modo que éste se vio obligado a combatir por su iniciativa con las fuerzas que contaba. Se enzarzó la lucha por ambas partes, y llegó la noticia de la batalla a don Fernando, que ordenó saliesen socorros hacia donde combatía el Obispo, y el mismo Infante atacó con tal oportunidad, que deshizo el orden en las filas moras y puso en derrota al enemigo. Los Infantes moros huyeron con presteza, y la victoria de los cristianos en la Boca del Asna fue total. Valla cuenta con gran aparato el espectáculo de los vencidos sobre el campo. A los pocos días, por ser tiempo de verano, hubo de procederse a la cremación de los enemigos muertos para evitar pestilencias.

Cuenta después el historiador romano una incursión que hicieron los cristianos de algunas villas situadas al norte del Reino moro, aprovechando la salida de los granadinos, pues éstos en gran número habían dejado la capital para socorrer a los de Antequera. Llegaron los cristianos fronterizos hasta la vista de Granada, pero no estaba tan vacía que no pudiese salir de ella un grupo armado que los dispersó con facilidad, y aun los hubiera derrotado de no llegar la noche. Un joven cristiano ordenó entonces la defensa con tal destreza, que al amanecer los moros perseguidores fueron derrotados, y los cristianos pudieron volver a sus lugares con la honra de la victoria y la ganancia del botín.

Otra incursión partió del real del Infante hacia Málaga. Según Valla la conducía un converso moro, quien, al encontrarse inesperadamente con el enemigo, alentó a los pocos hombres que le habían seguido con un discurso, y los condujo

audazmente contra el numeroso grupo de los contrarios, de suerte que obtuvo la victoria por la furia de la acometida.

Dedica luego Valla unos párrafos a los adivinos, y en particular, a los rastreadores, que permitieron sorprender a un grupo de caballeros moros, escondidos en las cercanías del real del Infante, y relata también un intento de incursión de los moros de Archidona. En este punto el humanista cuenta la leyenda de la Peña de los Enamorados.

Prosigue después con el intento principal del Infante, o sea el cerco de la villa. Para esto prepara las máquinas, y los moros a su vez disponen la defensa de la torre principal con un artificio, de modo que una ventana lanzase grandes llamaradas contra los que pretendiesen acercarse a la fortificación. Los cristianos por su parte allanaron los fosos de las cercanías de la muralla para que la máquina de guerra pudiese avanzar y los soldados se acercasen por aquella parte hasta las puertas de la fortaleza exterior. Dispuesto todo, ordenó don Fernando el ataque y pronto estuvo tendida la escala hasta la torre de la villa, pero los moros encendieron la leña que habían preparado dentro de ella, y las llamas de la ventana incendiaron la máquina bélica. Cundió el desorden entre los cristianos, que se retiraron sin conseguir su propósito. No desanimó el percance a los soldados de don Fernando; fue reparada la escala y dispuesta para un nuevo asalto. Don Fernando arengó otras vez a sus tropas y los cristianos se lanzaron al asalto de la torre. Con audacia penetraron en ella algunos soldados, que quedaron

aislados en la parte alta, mientras que desde dentro los moros lanzaban otra vez fuego contra la máquina; esta vez los cristianos procuraban apagarlo con vinagre. Don Fernando, ante la incertidumbre de esta operación, buscó otro punto para el ataque, y dispuso se agrandase un desagadero que halló en una parte de la muralla, y por él introdujo algunas fuerzas dentro de la villa, que llegaron al punto de ayudar a los que estaban en la torre. Todos reunidos se apoderaron de las murallas exteriores y del caserío con gran mortandad de moros. Una vez tomada la villa, Fernando conminó a que se rindieran los que todavía defendían el castillo. Según Valla ellos pidieron tregua por un mes, pero don Fernando no se la concedió sino por dos semanas, al cabo de las cuales se rindió el castillo, y Antequera entera, villa y alcázar, quedó para siempre en poder de Castilla por la pericia del general Fernando y el esfuerzo de las tropas cristianas.

III

LA LEYENDA DE LA PEÑA
DE LOS ENAMORADOS

El relato de Valla no sólo tiene su propio valor, aunque relativo, como documento de la historia; también hay entremetida en él una preciosísima joya literaria. Contiene nada menos que la primera versión de la leyenda de la Peña de los Enamorados, de difusión universal. Ya se dijo que Valla tenía su propio modo de concebir la

historia; y por fortuna nuestra, aunque esto doliese a más de un seco erudito, en su obra concede también espacio a las noticias anecdóticas sobre el Rey y en torno de los hechos en que intervino. Su espíritu observador y minucioso entendía que la historia no sólo debía perpetuar la memoria de las grandes acciones, sino también los episodios menores que, metidos en aquélla, nos ofrecen el recuerdo de una hermosa leyenda o cualquier gesto humano, aunque carezca de trascendencia heroica. Para mí resulta un acicate de la emoción aquella menuda escena que nos cuenta cuando los soldados cristianos entran triunfadores en la villa a sangre y fuego, matando a cuantos moros encontraban, y un tejedor, impasible, sin ni siquiera cerrar la puerta de su casa, sigue tejiendo hasta que la sangre suya tiñe la urdimbre, y muere encima del telar. Valla representó en él a la gente del pueblo que, ajena a las pasiones políticas de la guerra, perecen en el vendaval de un acontecimiento histórico que sienten por encima de sus menesteres cotidianos con la fatalidad de una catástrofe de la naturaleza. Y en efecto, según esta concepción de la historia, en otra parte y con diferente contenido, Valla detiene por unas páginas la andadura épica del relato, y un nombre de lugar —la Peña de los Enamorados— es la ocasión de que nos cuente la bella leyenda de la suerte de los dos amantes que, arrastrados por la fuerza del amor, perecen estrellándose por los riscos de la solitaria montaña. Es una leyenda de frontera en que la disparidad de creencias —él, del que “únicamente se sabe que era español”, y ella, mora— enreda el argumento y lo lleva a la tragedia. Cuando la

pareja en su huida desde Granada hacia las tierras cristianas es alcanzada cerca de la Peña, la exasperación del moro padre de ella acosa hasta lo alto de los riscos a los enamorados. Allí ellos, sin otra alternativa que la afrenta de los perseguidores o la muerte, prefieren arrojarse abrazados por el precipicio. De esta manera la *Historia* de Valla nos ofrece la primera versión con empaque literario de la leyenda que dio nombre a la Peña. Por su parte, la *Crónica* de Alvar García menciona, sin más, el lugar: "la Peña que dicen de los enamorados" (fol. 139). Valla tuvo el acierto de dedicar un espacio para aclarar el curioso nombre, y parece que sólo alguien que hubiese conocido de forma directa esta explicación, le pudo dar noticia de la leyenda.

La obra latina del humanista romano ha permanecido casi oculta, y ni siquiera eruditos de los últimos tiempos, como Rodríguez Marín y Díaz de Escovar, la mencionan o sólo de pasada, a través de Mariana. En efecto, la leyenda tuvo gran fortuna porque un erudito historiador, el Padre Juan de Mariana (1535-1624), la incorporó a su conocidísima *Historia de España*, publicada primero en latín, y luego en castellano (1601). En el capítulo XXII del libro XIX nos ofrece una traducción bastante aproximada del trozo de la *Historia* del romano. No oculta Mariana que tomó el argumento de la "historia elegante que Laurencio Valla escribió", y al difundir de este modo la leyenda contribuyó a su universalidad, pues esta obra del erudito jesuita fue una de las fuentes de información más consultadas para conocer la historia de la nación española.

No quiero dejar de contar que otro ilustre italiano, el magnífico Andrés Navagero, embajador de la república de Venecia, pasó por Antequera en su viaje por España (1524-1526), y allí se sintió encantado también por la gracia de esta leyenda, de tal suerte que no dejó de mencionarla en el diario que escribió como memoria de sus andanzas: "Aproximadamente a mitad del camino entre Antequera y Archidona se pasa junto a un monte muy áspero, llamado Peña de los Enamorados. Le viene el nombre de lo ocurrido a dos enamorados, un cristiano de Antequera y una mora de Archidona, los cuales, habiendo estado muchos días escondidos en aquel monte sin ser encontrados, lo fueron al fin, y viendo que no podían escapar sin ser capturados, ni pudiendo soportar que les separasen y vivir el uno sin el otro, decidieron morir juntos, y acorralados en la peña más alta del monte, tras muchas lágrimas y lamentaciones por su adversa fortuna, viéndose ya muy próximos los perseguidores, se abrazaron estrechamente, y uniendo sus rostros, se precipitaron desde aquella altísima peña, dando con ello nombre al monte" (Traducción de J. M. Alonso Gamó, Valencia, Editorial Castalia, 1951, pág. 61).

No fueron éstas las únicas formas conocidas de la leyenda. Sobre la Peña de los Enamorados se enredaron con el paso de los años nubes y nieblas, y también los argumentos de otras parejas que encarnaban, cada una a su manera, la oscura tradición de amor trágico, ceñida en aquellos lugares. Pero la historia de estas sucesivas versiones sobrepasa el fin de este prólogo. Quede para otra ocasión seguir la suerte de otros desventurados

amantes. Aquí puede leerse en castellano la curiosa y rica joya literaria de esta primera versión de la leyenda antequerana, engastada en el original en la hermosa prosa latina de un maestro del Humanismo italiano, Lorenzo Valla, historiador también del triunfo de las armas cristianas, mandadas por don Fernando, Infante de Castilla, y después Rey de Aragón. Pruébese con ello el signo de universalidad que había de tener Antequera, que entonces era sólo villa de frontera: hacia 1445, a mediados del siglo XV, ya estaban su historia y su leyenda ofreciendo un testimonio del espíritu de Andalucía en el mismo centro irradiante de la cultura del Humanismo europeo. Profético resultó lo que Valla pone en boca de don Fernando en una de sus arengas: "El camino de la victoria llega hasta Granada". Y con el tiempo así fue.

Francisco López Estrada

Universidad de Sevilla, 1957

LA CONQUISTA DE ANTEQUERA CON LA LEYENDA DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

por Lorenzo Valla

1

Antequera. El Infante don Fernando comienza el sitio de la villa

Está emplazada la ciudad de Antequera en el arranque de una colina, cuyo alcázar, construido de piedra, se asoma a la ciudad desde su cima en pendiente, separada de otra colina más alta, que en ininterrumpida cadena de montañas, se extiende hasta las alturas de Granada. Corta por medio el valle un río que mana a grandes borbotones de la roca misma, cercano a un tiro de arcabuz de ambas colinas, y que lame con su cauce sinuoso los muros por la parte en que avanzan hacia la llanura. Se cuenta que en alguna ocasión

El cerco

desde la colina más alta [en donde había una mezquita que los moros llamaban Rábita] les llegaron auxilios a los antequeranos, cuando se encontraban sitiados y que, por esto mismo, no se entregaron cuando se vieron desprovistos de víveres y de armas. Habiendo tomado el general [don Fernando] la decisión de apoderarse ante todo de este lugar, fue el obispo [de Palencia don Sancho de Rojas] el que se hizo cargo de esta empresa, rodeándolo primeramente de una fosa y luego, en los días siguientes, como por entretenimiento, de un muro y una empalizada de madera casi hasta la altura de un hombre. Lo mismo hizo Fernando en las fortificaciones inferiores, cerrando las murallas en lo posible, tarea que estorbaban las frecuentes salidas de los vecinos por un lado y por otro. Carros unidos guardaban las espaldas en parte, y en parte las fosas y la empalizada.

El agua

Hechos estos preparativos, decidió cortar a los vecinos el aprovisionamiento del agua del río, pues se sabía que en el interior de la ciudad existía solamente un pozo de agua salada, y era de creer que los otros que intentaran abrir los vecinos serían de las mismas características. No obstante, a diario, se entablaba dura pelea, y no sólo durante el día, sino también durante la noche, porque para buscar agua salían por la puerta que daba al río. El general tenía también la pretensión de desviar el curso del río; pero esto suponía un improbable trabajo y labor de muchos días y él prefería que los soldados se empleasen en otros menesteres. Así pues, a eso de las nueve de la noche mandó levantar en la orilla de acá del río un montón de césped y de maderas ante la puerta,

así como fortificar el puesto con cañones y un escuadrón de saeteros, con lo cual impidió a los vecinos la salida por este lado. Tal hubiera sido el golpe definitivo para la salvación de los vecinos, si obligados por la necesidad —maestra de invenciones—, no hubieran derivado el agua, cavando la tierra desde la parte superior del cauce —para que no se descubriera la trama— a fin de que no siguiera su curso habitual. Y para que los enemigos no barruntasen el engaño por ningún conducto, todas las noches, por medio de carruchas atadas al extremo de unas estacas con unas cuerdas de las que se colgaban unas vasijas, se aprovisionaban de agua desde las murallas.¹

Mientras tanto, en un constante esfuerzo, se ponía en movimiento una máquina colocada sobre dieciocho carros, sosteniendo una elevada escalera un tanto inclinada y pendiente de manera que, permaneciendo quieta en su emplazamiento la máquina, la escalera desde el interior de la fosa avanzaba hacia los muros o hacia la torre en una extensión de diez pies de arriba abajo, altura suficiente para poder sostenerse en ella cien hombres armados. En la parte baja de la máquina —como en el caballo de Troya— había escondidos

La bastida

¹ La escasez de agua que padecían los sitiados aparece también referida por Alvar García de Santamaría: "En miércoles nueve días del mes de setiembre salió un judío de la villa, y lleváronlo al Infante. El Infante supo del ardid de la villa, y supo cómo los moros tenían poca agua en la villa, y esta que tenían era mala, que se diz que no era hombre en el mundo que la pudiese beber sino con gran cuita..." (*Crónica de Juan II*, manuscrito de la Colombina, fol. 142 v.; de manera reducida en la *Crónica de Juan II*, edición por Tomás Porrals, Pamplona, 1590. Todas las referencias que haga de libros antiguos aparecen con ortografía moderna).

otros tantos hombres, detrás de los primeros, para que si éstos conquistaban la torre, pudiesen ellos subir en seguida con los ayudantes y todo lo necesario para el asalto, la manutención y la cura de los heridos. Había, además, otras dos máquinas menores, como compañeras, a ambos lados, apoyadas en seis carros, de cada una de las cuales emergían unos como mástiles de navío, llevando en sus cabezas una especie de cajas, tal como hoy vemos hacerse en las naves, con cabida para cuatro ballesteros, escogidos entre los más peritos, a los cuales por cada tiro acertado se les entregaba un escudo de oro. Se turnaban de dos en dos, de manera que mientras apuntaban unos, disparaban otros, con el objeto no sólo de no dejar parar a nadie en las murallas, sino tan siquiera de sacar una mano al exterior. El general no tenía el propósito de utilizar la máquina sino en último extremo, y sí el de engañar con ella la atención y los ojos de los enemigos. La máquina era sólo un simulacro para ganar tiempo y mirar por el bien de los suyos, mediante otro sistema de conquista.²

Quería acudir al de los subterráneos, por ser más breve y seguro, aparte de que el enemigo no preparaba la réplica y en muchas ocasiones se le sorprendía durmiendo incauto. Era preciso, sin embargo, operar con mucha más presteza para que no se descubriera la celada, conforme al rápido plan previsto, pues la edificación de la torre distraía el ánimo del enemigo de cualquiera otra

Las minas

² Dice la *Crónica* que estas máquinas de guerra fueron hechas en Sevilla por el maestro Juan Gutiérrez, natural de Carmona, y se empleó en ellas madera de la Sierra de Avila. Desde Sevilla a Antequera las trajo don Fernán Rodríguez de Monroy sobre trescientas sesenta carretas.

defensa, y la tierra sacada de las minas fácilmente quedaba oculta detrás de aquella montaña de madera y era difícil se oyese el ruido de los que cavaban y el estrépito de los carpinteros. Los subterráneos empezaban en uno solo, pero luego se ramificaban en diversas direcciones, unos para socavar la torre, otros hacia el interior de las murallas, a fin de que incendiada y derrumbada al mismo tiempo la torre, se pudiera salir de las minas y penetrar desde la parte de fuera. Mas, en virtud de la experiencia cotidiana, llegamos a saber que por las causas más insignificantes se estropean y pierden en su mayoría las más grandes oportunidades. Así aconteció, pues uno de los que montaban guardia en el puesto de la orilla del río y que acaso se pasó el día entero cavando en las minas, a altas horas de la noche fue despertado por su compañero para el relevo de la guardia. Al no querer levantarse, fue denostado por los otros. En alta voz y en tonos destemplados quiso excusar su cansancio, pues, fatigado, durante todo el día no había visto el sol. De pie cavando, y no tendido, había estado en un sepulcro: enterrado sin ser cadáver todavía, cavando conejeras se había convertido en conejo. Y como los más miedosos son los de más fino oído, uno que en la parte de enfrente estaba de vigilancia sobre las murallas, percibió estas frases y, al punto, las puso en conocimiento de los jefes. Sin tardanza, dando de lado con sumo empeño a todo lo demás, sin tregua en el trabajo, a la tercera noche llegaron hasta los subterráneos en el momento en que los nuestros daban de mano. Obstruyeron la entrada o cabecera aproximándose lo más que pudieron,

y poniendo guardias los obligaron a abandonar los trabajos del subterráneo y a emprender con afán otros, por así decir, "supramurales".

2

El Rey de Granada envía en auxilio de los sitiados fuerzas mandadas por dos Infantes. Don Fernando arenga a los cristianos

El auxilio
de
Granada

Ya estaban casi a punto de finalizarse, cuando se cundió la voz de que el rey bárbaro [Yusuf III de Granada] se jactaba no sólo de liberar en fecha inmediata a los sitiados, sino también de abatir a los sitiadores. Así tenía que ser forzosamente no ya por razones de lealtad de rey para con los suyos, faltos de agua, de armas y de comida, sino porque lo había hecho cuestión de dignidad y alentaba esta esperanza, debido a la gran cantidad de hombres, que, aparte de los advenedizos, había reunido de todo el reino. Consta, en efecto, que llegaban a unos diez mil de caballería y ciento veinte mil infantes,³ sin apenas impedimenta, auxiliares ni vivanderos; y, en cambio, con numerosas mujeres que les preparaban la comida

³ Evidentemente es una cifra exagerada. La *Crónica* de Alvar García, en el trozo en que cuenta que don Fernando envió a don Pedro Ponce de León y a otros caballeros a explorar el campo enemigo, dice: "vieron que era mucha gente de pie, a maravilla, que le no sabía poner número, empero mesuraron los caballeros y según el asentamiento de las tiendas y los caballeros que ende parecían, les parecía que podían ser hasta cinco mil de caballo poco más o menos" (Manuscrito citado, fol. 119 v.). La *Crónica* impresa dice que "fueron juntos hasta cinco mil de caballo y ochenta mil peones" (Edición citada, cap. LXXXVII, fol. 28).

durante las caminatas y en los campamentos, y les facilitaban agua en las horas de combate. A los hombres no les quedaba apenas tiempo más que para pelear. A esta actitud añadió también el rey bárbaro su tinte de orgullo, al no querer marchar en persona a la cabeza de la expedición, pues decía que era impropio de un rey salir a pelear como no fuera contra otro rey. Como si no existieran no sólo otros príncipes, en algunas ocasiones de más categoría que los reyes y, por tanto, de más realaleza, como en otro tiempo eran los emperadores romanos. Y, efectivamente, el que pone cerco al reino de otro, tiene derecho a no considerarse inferior al rey sitiado. Fernando es Infante de Castilla; por consiguiente, contra él deben ir dos Infantes de Granada. Tal vez obedecía a miedo lo que él pretendía apareciese como un gesto meditado, pues siempre pretendemos encubrir nuestros vicios con una apariencia de honestidad...

[Aquí Valla trata del nombre "Infante", aplicado a hijos de Reyes, y prosigue después su narración]. Conocida, pues, la llegada de los Infantes por conducto de unos tráfugas cristianos, se afectaron profundamente los ánimos de los nuestros, tanto a causa de la enorme multitud que los seguía, cuanto por considerar destino suyo, mientras estaban en la tarea de conquistar la ciudad, tener que separarse de ella forzosamente.

Estimando el general que convenía dirigirles la palabra, convocada la asamblea, les pronunció el siguiente discurso: "La misma empresa, compañeros míos, que a vosotros os infunde preocupación y miedo, a mí me produce alegría y esperanza al mismo tiempo: esperanza de una más rápida y

Arenga
de Don
Fernando

resonante victoria, y alegría, porque he comprobado que no existe ni el menor asomo de traición entre nuestros soldados. El enemigo no intentaría probar fortuna con la guerra, si tuviera la esperanza, como en la campaña anterior, de poder corromper los ánimos de algunos. Por tanto, doy el parabién a mi suerte y a vuestra virtud, porque ni siquiera ha intentado sondear vuestros pechos. Tras la esperanza de que, una vez derrotado el enemigo, caiga inmediatamente esta plaza en nuestras manos, vendrá todo lo demás. El camino de la victoria llega hasta Granada. Y no debe preocupar a vuestro valor —vosotros que por mí habéis sido escogidos entre tantos y a quienes me atrevería a sacar contra el ejército de Ciro, de Darío o de Jerjes— este tumultuario escuadrón del rey de Granada, formado por todos los más cobardes, por una turba fiada no en sus fuerzas o en la ciencia militar, inerte en su mayoría, enviada no para pelear, sino para infundir terror, tanto como para realizar alguna empresa al acaso. Sin armas, sin impedimenta, sin cañones, su mismo rey no se ha atrevido a confiarse a ellos. Si nosotros llegamos a sujetarlos dentro de los campamentos durante tres días siquiera, no tendrán más remedio que disolverse o darse la vuelta. Pero no quiera Dios que ellos nos vean en los campamentos como si estuviéramos sitiados, siendo así que nosotros somos los sitiadores, y se formen la idea de que somos presa del pánico. Pudiendo haber echado mano a muchas tropas, pensé que era mejor tener pocas, pero fuertes y bien armadas. Creedme que si ahora se presentaran otras tropas en socorro nuestro, me atrevería a decir en nombre vuestro

y en el mío propio que acrecentarían mi dolor y que las licenciaría. ¿Qué elogio cabe para el general y para sus lugartenientes ansiosos de gloria, si ellos no consiguen la victoria por las artes militares y por el valor, sino por el número? Es cierto que el general y su ejército de este modo se adueñan de la presa; mas se ven privados de la gloria, que para los ánimos generosos encierra mucha mayor dulzura. Yo, pues, os llamo no sólo a mayor gloria, sino también a mayor botín. Porque de la misma manera que cuando vence un número más crecido, algunos no comparten las ganancias, así también cuando es menor el número todos caben a mayor reparto. El que muchos afirmen que nos movemos como si fuera cosa fatal para nosotros servir de impedimento a una conquista cuando llega la hora de realizarla, es necio y ridículo, supuesto que no siempre los asuntos marchan por un mismo cauce, antes bien observamos que la mayoría de las veces toman rumbos diversos. ¿Acaso en la campaña anterior no conquisté Zahara⁴ y otras cuantas plazas? En ella estuvieron presentes muchos que ahora están ausentes, y, por el contrario, muchos de los asistentes ahora, entonces estaban ausentes. Además, en aquella guerra hubo hambre, traiciones, naves abundantes por una y otra parte y ningún ejército terrestre. Ahora ¿no tenemos provisiónamiento suficiente, la lealtad de los nobles y de los soldados, y, en vez de naves, abundantes tropas de tierra en ambos lados? Por tanto, si en

⁴ En efecto, en la primera campaña del Infante don Fernando tomó la fortaleza de Zahara, y después de rendida entró en ella el tres de octubre de 1407 (*Crónica de Juan II*, ed. citada, cap. XXXVII, fol. 10 v.).

algo influye la semejanza y la desemejanza, como son muchas las cosas que nos diferencian a los dos bandos, hemos de creer que son, por consiguiente, muy diversos los fines que perseguimos, y por ello hemos de poner nuestra confianza en Aquel bajo la sombra de cuya imagen hemos de pelear. El que se frustrasen nuestras esperanzas de conquistar Setenil ⁵ ha servido para probar nuestra constancia ante Dios y para que, creciendo ellos en orgullo, los derrotemos cuando en abierta batalla peleen con nosotros, con suma ignominia para ellos y grande júbilo, utilidad y gloria nuestra. Siendo esto así, debéis desechar como indigno de vuestra virtud ese miedo y esas opiniones supersticiosas. No debéis pensar sino en la fortaleza, en las alabanzas, en la victoria, en el botín y, sobre todo, en Dios. En lo que a mí respecta, procuraré que no echéis de menos en vuestro general la prudencia y el ingenio”.

Cuando terminó la arenga y se percató de que los suyos habían recuperado su entereza y alegría, les mandó estar preparados para la expedición del día siguiente y que nadie se alejase de los campamentos hasta tener noticias del camino que seguían los enemigos, pues se tenían noticias de que se habían puesto en marcha. Al atardecer envió exploradores en todas direcciones a fin de que anunciaran por dónde oían o veían que se acercaban, sin que en toda la noche pudiesen explorar nada con certeza.

⁵ Don Fernando hubo de levantar el cerco de Setenil el veinte y cinco de octubre del mismo año de 1407 (Idem, cap. LI, fol. 15 v.).

3

*La batalla de la Boca del Asna,
ganada por los cristianos.*

Al amanecer dieron la noticia de que se veían a lo lejos unos jinetes, enviados —al parecer— o para hacer descubierta o para desorientar. Ya más entrado el día y calentando más el sol, habiendo ordenado el general tomaran a tiempo la comida, uno de los observadores, espoleando a su caballo anhelante —él también con el aliento entrecortado— se presentó en los campamentos anunciando a todo el que se le presentaba, la proximidad del enemigo. No lo había visto, pero por la polvareda que se levantaba por la Boca del Asna —tal es el nombre de la entrada de aquel desfiladero—, había llegado al conocimiento de que por allí pasaban. Ante este mensaje, el general mandó tocar las trompetas, tomar todos las armas y situarse cada cual en su puesto y que los caballos se colocasen inmediatamente con sus jinetes junto a las banderas. Luego despachó al valiente sargento Pedro Ponce [de León, señor de Marchena] a que con más seguridad explorase cuántas eran las tropas, en qué lugar habían de acampar y qué iban a hacer, para que luego se lo comunicase al Obispo, que parecía el más expuesto con la llegada del enemigo y que desempeñaba el primer puesto después del general. Sospechando el Obispo que algunos escuadrones enemigos nada más llegar habían de hacer alguna excursión más profunda con el fin de apoderarse o de bestias de carga, o

Llegan
los auxilios
granadinos

Exploración
de
Pedro Ponce

de ganado, o de hombres, rodeó los campamentos con la mayor parte de la caballería, dispuesto a darles la acometida desde un lugar adecuado, a cortarles el paso y aún a pegarse a sus espaldas. Mas fue tanta la ligereza del enemigo que antes de escapar hacia donde pretendía llegar, rebasó hasta lo más profundo de los campamentos; pues nada más divisar a Pedro Ponce, bien continuando el paso que se habían fijado, bien estimulados por él como explorador, a rienda suelta marchan en su persecución unos tras otros, a carrera tendida, según cada cual podía, a fin de suplantar ellos a los mensajeros, hasta el punto de que apenas si Pedro tuvo tiempo de refugiarse en el zaguán de la puerta de los campamentos a donde se dirigía. Allí comenzó una desigual batalla dando vueltas los bárbaros y corriendo sobre sus caballos alrededor de las fortificaciones para buscarse paso, sin solución de continuidad unos detrás de los otros.

El Obispo
sale a
combatir

El Obispo las defendía con su grupo luchando denodadamente, sin dejar salir a ninguno de sus jinetes hasta que llegase el general y les diera sus órdenes. Mas como durante algún tiempo estuvieran sin recibir socorros ni por parte del general ni de los campamentos de abajo, y en vista de que nada se le ordenaba, creyó llegada la hora de tomar él la dirección y adoptando de momento una resolución antes de que creciera el número de enemigos y su audacia, montando en los caballos y agrupando en el centro a la infantería, salió, en medio de una gritería, por ambas puertas. Cayó sobre los incautos y dispersos. A la impresión y la acometida desalojaron un tanto el lugar, para

luego ser alejados definitivamente de allí. Entonces fue cuando la batalla comenzó a ponerse dudosa, contrapesándose la pelea. Y no hubieran llevado en adelante la ventaja los cristianos, sino hubiera sido porque la caballería de los campamentos de abajo, al tener conocimiento de la batalla, se hizo presente con cinco compañías, en la creencia de que el general se hallaba también en el combate. La caballería de los bárbaros asimismo no sólo acudía en auxilio de los suyos, sino que con la presencia de la otra parte de la infantería y de los mismos Infantes, recibieron alientos y las tropas de a pie llegaron a las manos. Con desprecio del corto número de cristianos los mahometanos con grandes gritos de júbilo testimoniaban que ya eran dueños de la victoria. Mientras tanto, al llegar a oídos del general el estruendo de la batalla y el mensaje, mandó se les notificase a los que quedaron en los campamentos que —dejando sólo el número estricto para la guarnición— todos los demás salieran apresuradamente en socorro de los campos de arriba. El mismo, por el camino que se había trazado, pero con mayor oportunidad que esperaba, atacó de costado como saliendo de un escondrijo, entre redoblados clamores, a la caballería de los bárbaros. Desvió con su arremetida los escuadrones y derribando de sus caballos a muchos jinetes, los puso en fuga. Los nuestros que a la sazón se encontraban apurados, recobraron los ánimos y presionaron a los que iban cediendo. Los jinetes que el general envió en auxilio de la infantería, corrieron en aquella batalla la misma fortuna que las tropas de tierra. Unos jinetes eran pisoteados por otros, no sólo por los

Llegan
los refuerzos
cristianos

Llegan
los refuerzos
cristianos

caballos de los nuestros, sino también por los de los suyos, ya que a causa de la primer acometida se desviaban más hacia un lado que hacia atrás. Ya se había lanzado fuera de los campamentos todo el ejército, cuando encontró al enemigo buscando refugio seguro en confusa huída por unos lados, y en dispersos grupos por otros. Déjase ver por doquiera el estrago causado entre los bárbaros. Unos para huir con más ligereza, y otros para no provocar al vencedor, es el caso que todos van arrojando las armas acá y allá. De esta manera las armas que se habían procurado para defender a su señor o para atacar al enemigo, se empleaban en usos completamente contrarios y no protegían ni a sus mismos poseedores, pues se volvían contra ellos si no eran al punto arrojados al suelo. Entre los moros ya nadie pensaba en inferir la muerte a otros, sino en librarse de ella. Los propios Infantes, no bien tuvieron conocimiento de que Fernando, deshecho ya de los otros, iba en su busca con un grupo escogido de jinetes, valiéndose de la extraordinaria velocidad de sus caballos, con el pensamiento puesto en lo que les era más conveniente, no en lo más glorioso, anteponiendo la salvación al honor, escaparon entre las lamentaciones y suspiros de sus fugitivos con tanta más ignominia que brillantez se habían presentado poco antes.

Valía la pena contemplar entre tanta multitud de hombres que daban la espalda o se hincaban de rodillas, no sólo el uniforme color de las armas, sino el único o, a lo más, el doble color de sus atuendos. Todos sin excepción iban vestidos

Huida
de los Infantes
moros

La derrota
de los
granadinos

de color rojo o de verde, o de ambos combinados.⁶ Muchos por su propia voluntad se arrojaban desde las altas rocas o los lanzaban de ellas los que iban en su persecución. Unos quedaban estrellados sobre la dura tierra, otros desgarrados por los agudos riscos y otros atravesados y enredados en los matorrales. Muchos, al modo de las fieras, se escondían en las malezas, y, queriendo evitar el encuentro con los hombres, se metían allí de donde les era imposible salir sin la ayuda ajena. No se hicieron prisioneros. La espada no perdonó a nadie, excepción hecha de las mujeres, muchas de las cuales fueron hechas prisioneras en los caminos, en los campamentos o fuera de ellos. En el curso de la victoria, aunque no estuvieran muy llenos, los que todavía no estaban fortificados, fueron deshechos y arrasados. No se avanzó más, tanto porque había que atravesar algunos desfiladeros, cuanto porque eran muchos los empleados en recoger el botín y en el transporte de los caballos capturados, así como por el poco provecho que se le podía sacar al trabajo ya tan avanzada la noche y por parecer poco seguro prolongarlo hasta la madrugada en tierra de enemigos. Ocurre con frecuencia que la oportunidad de dar un buen

⁶ Es curiosa esta impresión de colorido que registra el historiador. También la *Crónica* de Alvar García recoge lo mismo, pero insistiendo sólo en el color rojo: "y venía toda la sierra cubierta de ellos (los moros), y como traían quezotes bermejos almagrados, y las barbas y cabellos alheñados bermejeaban que parecían que eran vacas, que venía la sierra cubierta" (Manuscrito citada, fol. 120; y también la *Crónica* impresa, edición citada, cap. XC, fol. 28 v. *Quezote* (en el texto *queçote*) es un arabismo, que en la forma *queça* aparece en el *Libro de Alixandre* (625c) y en el *Libro de Buen Amor* (1275) y significa túnica, cobertura de seda).

golpe invita a los vencidos a la esperanza de una victoria, y que los detalles del triunfo mal cuidados suelen malograr sus frutos.

Ríndese
una plaza

Creyeron oportuno emplear el resto del tiempo que les quedaba, en la conquista de la plaza de Coccia,⁷ que está en la misma entrada de la Boca del Asna. Los vecinos a quienes se había anunciado que si no se entregaban, pasarían por el último trance, mientras que si se entregaban, se les permitiría salir con todo aquello que pudieran llevar consigo, se resistieron en un principio a cumplir las órdenes; pero luego, al verse rodeados por tan numeroso ejército, manifestaron que se someterían a lo mandado. El general ordenó darles la respuesta de que, como no habían obedecido inmediatamente, únicamente les dejaría salir con lo puesto, y, si persistían un solo instante en su obstinación, no los dejaría en libertad, ni aun estaban seguros de que no les diera muerte. Llenos de terror, se rindieron; pero la plaza fue entregada como botín a los soldados. Una vez que se les había perdonado la vida, y como entre las cautivas habían encontrado grandes partidas de sogas, a cuantos bárbaros apresaban, principalmente a los escondidos en las escabrosidades o

7 Puede que se refiera a un alcance que siguieron don Pedro Ponce de León y otros caballeros por el camino de Coche (hoy Cauche), y que la versión impresa de la *Crónica* cuenta así: que al acabar el combate con la victoria de los cristianos "los unos siguieron el alcance hasta que llegaron a Coche y los otros tanto hasta que los caballos no los podían llevar; en el cual alcance murieron tantos moros que no se pudieron contar". (Edición citada, cap. XCI, fol. 29). La *Crónica* manuscrita refiere que Cauche (*sic*) (junto con Aznalmara y Jébar) se rindió después de Antequera el 28 de setiembre (fol. 152); la *Crónica* impresa nombra este mismo castillo Cábeche. (Cap. CXX, fol 29).

entre empalizadas de punzantes espinos, con ellas los ataban, al pedir misericordia y levantar espontáneamente las manos mostrándolas para que se las atasen. Es sorprendente que los enemigos fueran atados con las mismas cuerdas que ellos habían prometido entregarían a sus mujeres, en cuya presencia tuvo lugar esta operación. Esta es la razón por la que parecía justo que suplicasen les pusieran las ataduras y no los mataran, cosa que consiguieron, una vez que se descubrió la justicia de su causa.

El general, después de la derrota de los bárbaros, de la conquista de la plaza y de haber dejado en ella la conveniente guarnición, a la caída de la tarde, precedido de hachones que iluminaban al mismo tiempo los ribazos de los caminos, para que los que habían marchado lejos y andaban de un lado a otro en persecución del enemigo, tuvieran una orientación, llegó a los campamentos. Fueron apresadas cerca de dos mil banderas, blancas casi todas. Además, una de Granada, en medio de la cual había pintado un fruto de este árbol —al que el vulgo llama *granada*— abierto y enseñando sus rojos granos. Se hizo el recuento de los prisioneros y de los muertos, más por los suyos que por los nuestros, y en propia confesión, sumaban unos treinta mil hombres y quinientas mujeres, las cuales se lamentaron más de la afrenta inferida al sexo por los nuestros, que si hubieran caído otros tantos hombres.⁸ Recibieron heridas

El botín
y los prisioneros

⁸ La *Crónica* impresa deja en la mitad la cifra: "Y en esta batalla fueron tantos presos y muertos, que no se pudo haber certidumbre de ello, más que cuanto algunos días después se supo que el Rey de Granada había mandado saber qué gente había

algunos de los del campamento del Obispo, apenas unos cuantos más de los otros, aunque no fueron muchos. Si tal victoria acarreó grande gloria al Obispo y a la fortaleza de los soldados, no cupo menos al general, que infundió alientos a los soldados ante la situación y no omitió esfuerzo para superarla derrotando al enemigo. No obstante él afirmaba que la victoria se debía a su suerte y a la de su ejército, esto es, al favor divino.

Pocos días después, como el hedor de los cadáveres, fomentado por el valor estival, infestase los campamentos, no sólo mirando a remediar la molestia presente, sino el peligro futuro de pestilencia, el general dio orden de recogerlos con garfios y prenderles fuego en montón. Con ello se comprobó lo que ya sabíamos por la experiencia cotidiana: que para la cremación de los cadáveres humanos no es necesaria mucha leña, principalmente cuando ya están tostados por el sol y con la grasa que sueltan sirven de pábulo a las llamas. Dejaron, sin embargo, los huesos mezclados unos con otros y sin enterrar, a fin de que estas piras no siguieran la misma suerte que las de los hombres primitivos, en las cuales se quemaban los cuerpos para luego escoger los huesos y enterrarlos con las cenizas. El procedimiento empleado con éstos consistió en despojarlos, primero, de la vida, luego de los vestidos —que ocultan sus deformidades—, después de la carne, y, finalmente, de la sepultura para que ni aún en los infiernos disfrutasen de reposo.

entrado de moros, y hallóse por las nóminas de los lugares donde vinieron, que fallecían más de quince mil moros". (Edición citada, cap. XCI, fol. 29 v.).

4

IncurSIONES de moros y cristianos durante el cerco

Por los mismos días en que ocurrían estos acontecimientos frente a Antequera, se produjeron en diversos lugares otras dos batallas de casi las mismas características, aunque con la sola diferencia de que mientras en el primer caso los enemigos fueron los que atacaron nuestros campamentos, en el otro, los nuestros fueron quienes dieron el asalto a las plazas enemigas, con resultado poco brillante, si la suerte no los hubiera favorecido. Mas iniciemos cuanto antes la narración de lo que también sucedió con gran rapidez: Hay cuatro plazas limítrofes con [Granada], cuyos nombres son Ubeda, Baeza, Graena y Quesada.⁹ Sus vecinos llegan a unos tres mil, en una

Incursión
contra Granada

⁹ Esta correría de los vecinos de la región fronteriza de Jaén resulta un episodio en extremo curioso en relación con las noticias de las otras *Crónicas*. Mientras el texto manuscrito de la Colombina no trae esta parte (tampoco el de la Biblioteca Nacional de París), la *Crónica* impresa (cap. CXIV, edición citada, folio 30) señala en este lugar una correría de los jóvenes frontereros de Jaén, que acabó en un desastre por haber seguido su voluntad, inexperta en estos lances: "De donde todos los que están en guerra deben mucho mirar de no tomar consejo de los mancebos, los cuales con el ardidez y poca experiencia que tienen de los hechos de armas, a las veces por se mostrar muy valientes, ponen a sí y a los otros en gran peligro". Un romance: "Ya se salen de Jaén" (conservado en una versión de Juan de Timoneda, 1573) parece ser en su forma primitiva el origen de esta parte de la *Crónica*. En evidente contraste con estas noticias, Valla nos ofrece precisamente un relato en un todo opuesto: no son de Jaén, sino vecinos de la frontera cercana los que salen contra los granadinos, y si consiguen escapar con fortuna, es precisamente por la audacia de un joven, que les saca del apuro. Una oscura relación pudo ligar

sexta parte de caballería. Al cundir la noticia de que habían salido de expedición no sólo los guerreros, sino cuantos por razón de su edad podían empuñar las armas, incluso las mujeres granatenses, decidieron hacer una incursión en sus campos y traerse botín hasta de sus mismas murallas, en el convencimiento de que nunca se les había presentado ni se les presentaría jamás oportunidad semejante. Así pues, salieron alegres y llenos de contento. La empresa, en un principio, iba a pedir de boca. Nadie salió con armas al encuentro de los que iban en plan de pillaje. Unos pastores —y en muy corto número— al primer asalto, se dieron a la fuga y abandonaron el ganado, poniendo el único socorro de su salvación en los puntos elevados de las colinas o escalando las murallas. De esta manera el contratiempo del día anterior —en él fueron derrotados totalmente— sembró el pánico entre todos, con lo cual pudieron coger un gran botín con mayores seguridades, retornando por el mismo camino que vinieron. Fueron divulgados los acontecimientos en la ciudad por boca de aquellos que escaparon. Los granadinos desde sus torreones vieron a los salteadores moverse en direcciones distintas, circunstancia que les hizo conjeturar no eran del número de los vencedores, sino que ocasionalmente se habían dedicado al pillaje entre sus vecinos. Por lo cual, para no ser ellos víctimas también, silenciosamente empuñaron las armas unos cinco mil infantes y quinientos jinetes. Marchan sobre los pasos de sus

ambos relatos: uno favorable, y el otro, contrario a las acciones de la juventud heroica; pero no es ocasión de extender más esta nota.

perseguidos y les dan alcance ya cansados y tendidos al pie de un monte, muchos de ellos dormidos al amparo de la noche. Los acometen de improviso y dan muerte a no pocos. Los demás huieron, medio dormidos, por donde más cerca les cogió. Casi dos mil escaparon a la montaña, de la que es imposible descender si no es por el mismo camino de la subida. Cansados de tanto camino los enemigos y los caballos, les pareció lo más conveniente no atacar durante la noche a los que habían subido a la montaña, principalmente estando convencidos de que se entregarían sin lucha y, si pretendían soltar el ganado reunido, no lo dejarían pastar. No había, por tanto, razón alguna para obligar a un nuevo esfuerzo a la gente tan fatigada. Dispuestos así los que habían de montar la guardia sobre los sitiados y sobre los rebaños diseminados por los pastos, tomaron la comida que pudieron y se entregaron al descanso en espera del amanecer para deliberar entonces sobre el plan que habían de adoptar. Mas, habiendo comenzado en la otra parte el estruendo de las trompetas y un estrepitoso tumulto, aumentado con unos trescientos cristianos que ensillando los caballos rápidamente se dieron a la fuga, muchos escaparon, a favor de la noche, aunque en dirección distinta a la de su tierra. Pero extenuados los caballos por el hambre y los esfuerzos y, muy especialmente, por serles imposible dirigirlos durante la noche por un camino desconocido, se escondieron en una colina, atando los caballos en un prado para que pacieran y descansaran. A media noche los recogieron y cuando subieron en ellos para rodear el monte en una larga vuelta,

Dispersión
de los
cristianos

les salió al encuentro un joven, por nombre Pedro Mendoza, de mayor talento, criterio y fortaleza que a su edad correspondía, según demostraron los felices resultados. No habían querido llevarlo con ellos, bien por desconfiar de su edad, bien por no darle importancia. No soportando esta afrenta el joven y lleno de ira, no muy avanzada la noche siguiente salió de su casa con algunos jinetes para dedicarse al pillaje, afirmando que se pondría en trance de demostrar si en aquella edad era, o no, un hombre. Cuando se acercó al monte —donde estaban sitiados los vecinos— quizá para convertirse de cazador en cazado, al amparo de alguna deidad protectora, salió al paso de los trescientos ya mencionados. Conociendo por su aspecto quiénes eran, en pocas palabras se puso al corriente de lo que pretendían, pero le aconsejaron que apresuradamente se volviera con ellos. El, por lo contrario, les instaba a que fueran en su seguimiento, intentando convencerlos con estas palabras: “Oídme, amigos, durante unos instantes. Voy a proponeros un plan honroso y creo que también de gran conveniencia, que debéis aceptar, si es del agrado de vuestros compañeros. Según tengo entendido, a nuestros compatriotas ya no les queda más recurso que o morir de hambre o entregarse al enemigo. Os dais perfecta cuenta del perjuicio que esto significa. Si teniendo una oportunidad, no les llevamos socorros, seremos los causantes de su esclavitud o de su muerte; si, por el contrario, les prestamos auxilio, seremos los autores de su libertad y de su vida. Mas, aunque no sea posible hacerlo de la misma manera que lo realizó mi padre en circunstancias parecidas —cuya narra-

ción no permite la urgencia de tiempo—, a juicio mío, podréis haceros cargo de la similitud del trance, por la exposición de mis planes: demos la vuelta a esta colina, por donde podamos ser vistos por los nuestros y no por los enemigos. Al acercarnos a aquella parte que lleva al campamento, los clarines y trompetas darán la señal de ataque, mientras nosotros permanecemos en silencio, a fin de que no se den cuenta de que somos muy pocos; los nuestros, al tanto de la trama y simulando que han llegado los socorros enviados por el general —la necesidad obliga a todo—, se lanzarán a una carrera desenfrenada, dando fe esta nueva audacia de que son las trompetas de los compañeros que se aproximan. Los enemigos —como espero— volverán las espaldas y se pondrán a seguro. No los debéis tener por valientes, aunque os pusieron en fuga a vosotros. Prueba de ello es que de entre ellos sólo quedaron en la ciudad los menos osados y que si no hubieran sido amparados por la noche y cogídoos desprevenidos y durmiendo, no se hubieran atrevido a atacaros. Es cierto asimismo que son los restos de un ejército derrotado, pues ayer cundía insistente la noticia de que el general los había destrozado casi a la puesta del sol, y, por tanto, éstos, aunque no pertenecieran a aquel grupo, ya debían saberlo. De cualquier modo, son de tal condición que la más pequeña cosa les infunde un terrible miedo, y con que la bajada de los nuestros les afecte un poco, podremos liberar a nuestros paisanos de la muerte sin ningún peligro por parte nuestra y, en cambio, con mucha gloria. Y si sobrecogidos de miedo y conturbados —que es lo que espero y deseo— hu-

Plan
de ataque

Reserva de los
españoles a las
fuerzas

yan hacia sitios más distantes o son derrotados al comenarla, con mucha mayor gloria y gusto seremos partícipes de la victoria y compañeros de botín. Por lo cual, animaos y con la esperanza de que todo salga bien, seguid mi consejo y mis pasos”.

Dicho esto, empezó a caminar. Los otros, más que obedeciendo a una invitación, cumpliendo una orden, unánimemente fueron en su seguimiento. Iba él delante, haciendo el papel de observador y dejándose ver por los que estaban en la colina. Durante aquella noche no habían podido conciliar el sueño por la preocupación y estaban admirados de lo que pudiera suceder. Al amanecer, llegaron a la salida del alto valle que llevaba hasta los enemigos, a unos dos estadios de ellos, todo a la vista de los compañeros. Entonces las trompetas y clarines dieron la señal de ataque, y los compañeros —que ya hacía rato se habían dado cuenta de la jugada— acuden espada en mano y entre un enorme griterío atacan a los que estaban medio dormidos y atónitos. Cogidos entre las voces y el resonar de trompetas de las dos direcciones, lo primero en que pensaron ellos fue en buscar por donde huir y de donde provisionarse de dardos. Los cristianos dan muerte a los fugitivos, mientras que Mendoza, deduciendo por las voces de los que huían y de los perseguidores, el estado de la situación, se apresuró a salir a campo descubierto entre el redoblado clamor de las trompetas. Cuando dio vista a los fugitivos, se dirigió con sus acompañantes a unirse con los perseguidores. Finalmente, después de haber dado muerte a gran número de hombres

y de haber hecho prisioneros a no pocos, causan más estrago que el que reciben y se adueñan de un botín no sólo inesperado, sino mucho más pingüe que el imaginado y apetecido. De esta manera, por el esfuerzo de un hombre —al que ni siquiera como tal habían querido recibir en su compañía— fueron liberados, y los vencidos lograron conseguir la victoria. Pero no fueron ingratos. Reconociendo el beneficio recibido, la dieron permiso para que eligiera lo que más le agradase o, si lo prefería, se llevara todo. Mas él no quiso utilizarlo, sino que se limitó a manifestar su criterio sobre el modo de repartir la presa. Una tercera parte debía ser adjudicada a él, a los trompeteros y a los compañeros recuperados; y las otras dos según lo que a cada uno correspondiera al prorrato, supuesto que todos pasaron por los mismos trabajos y peligros y habían demostrado igual valor.

Y así, realizada la distribución de manera tan discreta, cargados de botín y rebosantes de alegría —empañada solamente por la pérdida de algunos de los suyos— emprendieron el regreso. A tanto llegó el miedo por la propia salvación, una vez recuperada, que relegó a segundo lugar el dolor por los muertos, que ascendieron a unos ciento. Los demás o, al saber la victoria, salieron de sus escondrijos, o —en minoría— escaparon por los jarales y collados, portadores de la triste noticia entre los suyos, pues ya se les daba como muertos. La nota de mayor alegría y sorpresa por el regreso con el botín consistió en que aquellos mismos que el día anterior habían rechazado y despreciado a Mendoza como soldado poco idó-

Regreso de los
cristianos a sus
lugares

neo, ahora lo levantaban hasta las nubes y lo aclamaban como singular capitán.

Otra nueva batalla comenzó entonces no entre los de la plaza, sino entre los castrenses. Había en los campamentos un caballero por nombre Juan, "El Marte esceretense" —de la religión agarena en otro tiempo—, joven valiente con las fuerzas correspondientes a sus ánimos. Exhortó éste a sus compañeros a que salieran al campo malagueño para perpetrar algunas piraterías. Reunió unos cien hombres a los que la pobreza obligaba a ser audaces. Salieron, y cuando ya llevaban andadas ocho millas, vieron, al amanecer, unos trescientos jinetes —según cálculos—, que venían de frente, volviendo después a darse vista mutuamente, a muy poca distancia unos de otros. Como los acompañantes de Juan, al sentirse descubiertos, quisieran emprender la huida, éste los detuvo y los incitó a atacar al enemigo, diciéndoles: "Compañeros, lo mismo que soy el autor de vuestra venida, lo soy de vuestro peligro, tal como quiso la suerte. Por ende a mí toca el cuidado de vuestro regreso y de vuestra salvación, no solamente de la mía. Si el lugar en que nos encontramos fuera bastante abierto para la huida, si hubiera la conveniente distancia entre nosotros y los enemigos, no soy ni tan feroz ni temerario, que os aconsejara la batalla o el detenernos. Mas como hemos escogido un lugar estrecho para venir en el mayor secreto, y como el enemigo no se encuentra a más distancia de cuarenta pasos y con caballos —según me imagino— más de refresco que nosotros, ¿qué esperanza de salvación pondremos en la ligereza de nuestros corceles, que

Correría por
Málaga

Arenga del
converso Juan

cansados han de hacer un recorrido de más de veinticinco mil pasos? En desorden y dispersos el enemigo los perseguiría y les daría muerte hasta el último —según conozco sus intenciones— conforme les fuera dando alcance. Nuestros caballos no son lo bastante fuertes ni de refresco —como dije— para soportar la carrera. Con tal que tres o cuatro de ellos —en mayoría respecto a nosotros— monten en los caballos y se lancen sobre los fugitivos, los herirán por la espalda o los obligarán a detenerse, y cada uno de ellos sacrificará a casi todos, al estilo de las ovejas o de las cabras. Estas hazañas traen a la memoria las de Rolando o de Arnaldo, que a su vez resucitan las que con tanta frecuencia hemos oído referir de Aquiles, Héctor, Eneas y otros héroes de la antigüedad. Con esto no evitaremos la muerte, sino que nos refugiaremos en una muerte honrosa. Y ésta sólo se encuentra en la pelea, no en la huida. Yo, por tanto, me he atrevido a exhortaros con todo ahinco a esta clase de muerte, ya que no nos queda otro camino, si bien todavía entreveo una esperanza de salvación y de victoria probando fortuna en la pelea. No es la primera vez que los inferiores en número han vencido o por la inteligencia, o por el valor o —lo que es el colmo— por la necesidad. Insigne propósito es decidirse o a vencer o a morir y a pasar por todas las vergüenzas y extremos. Se da frecuentemente el caso de fieras que en campo abierto huirían de una sola de las otras fieras más poderosas, al verse acorraladas, llenas de rabia se revuelven contra las otras más numerosas y en algunas ocasiones las obligan a escapar entre aullidos. Yo he

visto a una zorra escapar por medio de una jauría de perros dejando heridos a muchos de ellos. Por consiguiente nosotros —otras tantas zorras— al ver nuestra situación un tanto embarazosa, ¿vamos a tener miedo de atacar a un número un poco mayor de perros, si pretendemos escapar incólumes y cubiertos de gloria? ¿Acaso la Fortuna no nos ayuda en nuestros propósitos? Si atacamos, daremos la sensación de que somos una parte de los que tendemos la celada, y no todo el grupo, pues no les consta nuestro número exacto. Ya estáis viendo con qué lentitud y vacilaciones vienen; cómo han enviado por delante a dos para que exploren el terreno, y cómo andan indecisos y mirando alrededor. Hay que lanzarse antes de que comprueben la verdad, y como confiados en los compañeros que quedaron escondidos, mostrémonos feroces y ataquemos ferozmente. La victoria de nuestro general todo lo ha convertido para ellos en miedo, para nosotros, en audacia. Por lo cual o volveremos victoriosos cargados de gloria y trofeos, o sucumbiremos con una honrosa muerte. ¡Injusticia manifiesta es llamar muerte al goce de una vida eterna ante el Padre de la vida! Estoy convencido de que Jesucristo —que de mis primeras creencias me sacó a la esperanza de una eternidad— no me ha de defraudar, y con su nombre en los labios me lanzo contra sus enemigos”.

Dicho esto, espoleando el caballo, lanza en ristre, se encaminó hacia los dos destacados en avanzadilla, que ya estaban a muy poca distancia. Estos volvieron apresuradamente sobre sus pasos, mientras el resto de los cristianos se lanza en su

Los cristianos
acometen

persecución. Mas los bárbaros, que estaban en suspenso hasta oír la respuesta de los exploradores, al ver su repentina huida y el asalto de los enemigos, cayeron en gran turbación debatiéndose entre el propósito de pelear o de huir, y mientras unos volvían las espaldas, otros se quedaban aterrorizados y todos, finalmente, se decidían por la fuga, se les echaron encima los cristianos. Pero los últimos no pudieron escapar con tanta ligereza, supuesto que en parajes de tan escasa anchura, eran muchos los obstáculos con que tropezaban los primeros que se afanaban por escapar. De este modo Juan y sus compañeros pudieron a placer matar y destrozar y hacer prisioneros, aunque casi ninguno se preocupaba de su captura sin antes haber dado cuenta de muchos de aquella turba, más numerosa, a todas luces, que la de ellos. Y no dejaron de perseguirlos hasta que estuvieron cerca de la ciudad y dejaron sin vida a más de la mitad de los hombres.

Con muy pocos prisioneros, aunque sí con muchos caballos, regresaron a los campamentos. Para que los enemigos no pudieran aprovecharlos, cortaron los nervios de las patas a los caballos heridos o maltrechos que no los podían seguir. A su entrada, los ojos de los presentes quedaron atónitos al contemplar cómo habían podido traer sin conductores tantos caballos y tantas monturas, pues bastantes llevaban tres o cuatro sillas y no menor número de mantas. Muchos les preguntaban —en broma o en serio— si habían perdido los compañeros con los caballos. Alguno les respondió: “Pues, preguntadles a los mismos caballos, a los arreos y a los vestidos si son ellos los

Regreso
al
campamento



que perdieron a sus compañeros". Como en el triunfo nos volvemos locuaces y chistosos, Juan añadía muy donosamente: "Nos hemos ido de caza al bosque; y no hemos perdido los animales que escaparon de nuestras manos, antes bien, los que perdimos, fueron aquellos que no escaparon. Sólo éstos son los que ni huyeron, ni perdimos"¹⁰

Escaramuzas
de los dos
bandos

Hay que advertir que a estas incursiones de los nuestros a las plazas enemigas responden otras tantas de ellos a nuestros campamentos y fortificaciones, siempre como réplica, cual si quisieran demostrar que ellos también sabían de estas audacias. Mas en mis meditaciones acerca de las incursiones que se intentaron por este tiempo, encuentro maravilloso el que todas ellas resultaran no menos infaustas que temerarias. Pero Dios convirtió esta temeridad en bien para los cristianos y en mal para los mahometanos.

Adivinos

Mis primeras reflexiones corresponden a aquellos de quienes prometí hablar, o sea de los *adelitos* y *almoganenos*, tal como los denomina esta parte de España, donde tiene prestigio su ciencia, si así puede llamársela. Unos son guías o como maestros; otros son compañeros o discípulos. Su arte y pericia consiste en adivinar los acontecimientos futuros —buenos o malos— por el vuelo

¹⁰ Las *Crónicas* recogen una importante incursión contra Málaga (manuscrito citado, fol. 128 y sigts., y edición citada, cap. CIII, fol. 32), que no parece ser ésta, de menor cuantía. Pudiera en todo caso relacionarse con una correría de unos pocos caballeros por cerca de Cauche, camino de Málaga, de la que "trajeron hasta veinte caballos de los moros que murieron, y muchas adargas y sillas y hojas y ropas, de que se hicieron su almoneda en el real, y cayó a cada uno de los que ende fueron hasta tres mil y quinientos maravedís" (fol. 136 v.).

de las aves, por sus gritos, por el encuentro con las fieras o con otras muchas cosas. Acerca de todos los augurios y presagios tienen unos libros cuidadosamente redactados. Desde Homero y desde los más remotos tiempos, entre poetas, historiadores y no pocos filósofos, han venido disfrutando de crédito tales maestros, siendo muchos los que sobre ellos han escrito, unos en su defensa, otros —entre los que yo me cuento— combatiéndolos y refutándolos. Otra de sus habilidades —comprobada por la experiencia— consiste en la indagación del paso no sólo de los caballos y jumentos, sino también de los hombres aun sobre tierra recubierta, desnuda o endurecida, a través de las piedras, peñascos, acantilados, en forma tal que casi nunca les falle el número de los que pasaron. Y no de una manera lenta y laboriosa, sino como perros de caza, a los cuales, si hubiéramos aquí de dar un nombre, no encontraríamos otro más adecuado que el de “rastreadores”, puesto que se ejercitan en la investigación de las huellas. Por lo que, al permitirme yo denominarlos así, más bien que con aquel otro nombre casi de campesino, no he de ser tachado de insolente. Hay que tener en cuenta el decoro en el hablar, cuando queremos escribir con estilo cuidado. [Refiérese Valla a una cuestión de terminología sobre los “caballeros”, y prosigue diciendo que los moros preparaban un ataque contra los cristianos].

Rastreadores

Su número llegaba a los cien. Algunos, entre los primeros de esta clase, eran advenedizos de Africa, el resto, indígenas. Habían prometido a su rey que no volverían a su presencia hasta que no

Preparan
los caballeros
moros un
ataque

hubieran realizado alguna esclarecida hazaña contra los cristianos. Como puede colegirse, estimulados no sólo por amor a su soberano, sino por la emulación de la gloria de algunos cristianos, precisamente aquellos que montaban guardia en un puesto a diez mil pasos de los campamentos, tanto para que nadie pudiera interceptar el camino a los aprovisionamientos, cuanto para que nadie se retirara a su casa. Trescientos cristianos fueron los comprometidos con juramento de no abandonar su puesto por terror de ninguna clase. Pero, como en el ánimo de los soldados — como en el de casi todos — puede más el miedo que la religión, hubo que añadir la pena de que si el jinete desertaba, sería despojado de las armas y del caballo. Si, por el contrario, era uno de a pie, recibiría un número determinado de azotes en presencia de sus compañeros. Los jinetes bárbaros, fiados tanto en sus fuerzas, cuanto en su repentina llegada, esperaban aniquilar a los cristianos y, estorbándoles el aprovisionamiento, mantenerse en el puesto hasta que el rey les enviase auxilio o considerasen oportuno adoptar otra postura. Así periódicamente, por sendas ocultas e intrincadas iban y venían, utilizando únicamente un mulatero que les llevase la comida. Cuando los zahoríes olfatearon sus senderos y su número, por el camino más breve enviaron un mensajero a los del puesto dándoles instrucciones de lo que debían hacer. Ellos, reuniendo apresuradamente su grupo, insisten en seguir los pasos al enemigo y, sin perderlo de vista, van en su seguimiento de la forma más oculta que pudieron, procurando no ser vistos de quien estaba en la creencia de que no lo

veían, engañar al que pretendía engañarlos. Ya habían llegado al torrente Equero, cuando divisaron a unos cuantos en el puesto situado en la orilla del otro lado. De común acuerdo, los que iban en vanguardia y los de retaguardia, comenzaron al mismo tiempo a gritar como contra los que habían sido descubiertos, con cuyo estruendo indescifrable aterrorizados los de caballería —retroceder era imposible y estaban viendo que venían muchos más jinetes que los que había en el puesto— siguen su camino y se introducen en el cauce en dirección a la orilla de enfrente, en la creencia de que cuando hubieran avanzado unos pasos, habrían de encontrar una senda. Mas se engañaron de plano. A poco más de haber andado por la torrentera como un tiro de saeta, se dieron de brucês con un acantilado desde el cual se precipita el torrente siempre que tiene caudal. Allí se detuvieron los jinetes mirándose atónitos y sin saber qué decisión tomar: de frente la roca; a las espaldas el puente que sobre el torrente se solía levantar en época de crecida, derribado por los del puesto; encerrados entre las dos orillas, coronadas de enemigos que los acosaban; oyendo por todas partes que se entregaran, sino querían perecer; y viendo suspensos sobre sí los dardos hostiles, respondieron que se entregarían. Se les ordenó que no se apearan de los caballos, sino que en larga fila se ataran con una cuerda que les echaron los vencedores. Así salieron del cauce del río, con sus escudos de cuero —como siempre los moros y los africanos los usan— colgados en la parte izquierda de la montura y con la lanza tendida bajo la pierna derecha. Y de este jaez,

Los cristianos sorprenden al grupo moro

Reservados los derechos

Impreso en la imprenta de la casa de don Juan de Dios

Impreso en la imprenta de don Juan de Dios

con espuelas doradas y otras insignias de équites, con grandes muestras de satisfacción de sus conductores por haber logrado este triunfo gracias a sus artes, fueron llevados a presencia del general.

Ante tal espectáculo, se cuenta que fue tan regocijante la risa de don Fernando, que nunca jamás se le vio reír con más satisfacción. Asimismo se refiere dijo a los expedicionarios, que lo rodeaban orgullosos de su victoria, que sentía vergüenza de contemplar a unos prisioneros con aquel porte, que los despojaran de sus arreos y se quedaran con ellos, indicando de manera festiva que concedía tales despojos a quienes habían realizado la captura.¹¹

Vamos ahora a la última incursión de los bárbaros. Por aquellos días el general había sometido, parte por las armas, parte por el terror, las plazas de Coza, Sebar, Alzana, Mara y algunas otras.¹² A causa de ello, temiendo los enemigos por Archidona —que dista de Antequera diez

¹¹ Por la intervención fundamental de los rastreadores en esta correría parece que puede referirse a una incursión que el diez y ocho de setiembre (dos días después de la entrada en la parte de la villa) hizo un grupo de “diez adalides de caballo [que se juntaron] para entrar a escuchar a un lugar que decían Aznalmará, que es en tierra de moros” (*Crónica* manuscrita, folio 149). Oyeron ruido de un grupo de moros, se escondieron durante la noche, y al clarear “fueron los adalides a do fue el ruido y hallaron el rastro de los moros que se entraban a se poner en celada”. Dieron aviso al Infante de las intenciones de estos moros, que iban a sorprender a los cristianos del camino real, los arrinconaron y vencieron. Dice Alvar García que “estos moros eran de la casa del Rey y de la ciudad de Granada, que los había su Rey enviado a hacer salto en las recuas que entraban al real” (fol. 150).

¹² Puede que sea una referencia confusa y cambiada de Cauche (Coche), Jébar (Xévar) y Aznalmará (véase la nota 7). En la *Historia* del P. Mariana: “Coza, Sebar, Alzana, Mara”.

señalar el
móvil
de los moros

Repátese
el botín

Incursión
de los moros
de
Archidona

mil pasos, o, como dicen otros, dos leguas —hicieron aprovisionamiento de víveres en ella con grande acompañamiento de soldados. No contentos con esto, alentados con la confianza de un cercano refugio pensaron en una nueva excursión por ver si lograban alguna presa, pues habían sabido o habían visto que pastaban numerosas caballerías a unos estadios de distancia de los campamentos. Eran dichas caballerías las más delgadas o menos fuertes o quizá menos precisas a sus dueños, o acaso porque les tocase el turno en los verdes pastos junto a la corriente del río por nombre Gorza. Sobre ellas se lanzaron, así como sobre sus guardianes, si es que tenían alguno. Mas apenas un vigía nuestro los vio encaminarse hacia los campamentos, hizo señales con humo, con lo cual puestos en movimiento los nuestros y cogiendo apresuradamente las armas acudieron volando. El vigía estaba sentado sobre una peña situada a igual distancia de ambas poblaciones, llamada Peña de los Enamorados o de los Amantes.

5

Leyenda de la Peña de los Enamorados

Bien merece la pena dar un resumen, mejor que pasarla por alto, del origen de este nombre, pues es una historia muy agradable. Cierta joven —del cual se ignora el nombre, el lugar de nacimiento y únicamente se sabe que era español—, prisionero o de guerra o de alguna correría, estuvo sirviendo de esclavo en Granada durante dos o tres

Leyenda
de la Peña de
los Enamorados

años, utilizando su dueño sus servicios tanto para la casa como para los asuntos de la ciudad. Pren-
dada la hija de este moro de su apostura, de su
manera de hablar y de comportarse, sintióse irre-
sistiblemente atraída por el joven, y éste, a su vez,
enamorado con locura de la belleza y distinción
de la doncella. Convencidos de que en aquellas
circunstancias no podrían reunirse, ni en lo futuro
tampoco les sería posible —el uno era esclavo y la
otra casadera—, constituyendo tal situación un
grave peligro de vida o muerte, decidieron escapar
en la primer ocasión que encontrarán. Los hechos
posteriores inducen a suponer que el joven pro-
cedía con más honradez —mientras él se enca-
minaba a los suyos, ella se alejaba de sus lares—,
a no ser que mediaran motivos de religión, extre-
mo al que no me inclino. Al llegar en su huida
hasta la Peña, la joven, agotada, quiso tomarse un
poco de descanso; y he aquí que su padre, seguido
de algunos acompañantes, todos a caballo, en
veloz carrera venían en su persecución. Los aman-
tes, trepando por los salientes de la Peña, llegaron
hasta su cumbre, único refugio en aquellas cir-
cunstancias. Cuando llegó el padre de la joven,
enfurecido y bramando, con palabras autoritarias
e injuriosas les ordena que desciendan inmedia-
tamente o que, de lo contrario, hará en ellos un
ejemplar escarmiento. Los demás advertían y ex-
hortaban al joven y, muy especialmente, a la don-
cella, que se arrojaran a los pies de su dueño y
padre, en cuyo caso serían objeto de su misericor-
dia más que de su venganza, porque con la resis-
tencia exacerbarían más y más su irritación. En
vista de que no se doblegaban ni a las órdenes ni a



Los amantes huyen hacia la Peña

Obra de José María Fernández

las amonestaciones, todos se apearon de los caballos; y unos por una parte y otros por otra, valiéndose de los pies tanto como de las manos, se esforzaban por trepar a la cima de la Peña, mientras el joven desde lo alto, arrojando piedras y convirtiendo todo en armas, arrancando tierra y ramas, les estorbaba la ascensión por un lado y por otro. Por miedo a esto, desistieron de su propósito los otros, mientras el padre, inflamado en cólera, envió a uno de sus acompañantes a que del pueblo vecino trajera auxilio, especialmente de saeteros, que se hicieron presentes al momento. Dándose cuenta los sitiados de que iban a ser aprehendidos por los que continuamente acudían, lo que equivalía a tener que soportar toda clase de suplicios y afrentas, no podemos ni siquiera imaginar las lágrimas y lamentaciones en que se deshicieron. Lo cierto es que en apretado y mutuo abrazo —y besándose, como es creíble— se arrojaron por aquella parte que caía hacia donde se encontraba el padre, y así compenetrados dieron fin a su vida. Se cuenta que todos los presentes —menos el anciano padre— y los que después oyeron el relato, tuvieron compasión inmensa de la suerte de ambos, y que algunos derramaron lágrimas sobre los cadáveres aún abrazados, a los que no faltó el amor antes que la vida, de modo que en aquella actitud voluntaria estaban dando testimonio de que aún después de muertos seguían amándose. Contra la voluntad del anciano, allí mismo ambos fueron enterrados con la misma indumentaria que llevaban cuando se estrellaron. Siendo esta la razón de que a la Peña se le impusiera tal nombre. Aunque este acontecimiento me produce un

tanto de emoción, no creo, sin embargo, que sean dignos de misericordia en la presencia divina, puesto que la doncella iba en pos de sus amores y no del sentimiento religioso, y el joven fue audaz en demasía para conseguirse la libertad con su presa, que invirtiendo los términos, siendo éstos los motivos por lo que se retrasó en su camino y los que le acarrearón unos perseguidores más encarnizados y la imposibilidad de alcanzar el perdón. Además, ninguno de los dos en aquellos instantes supremos tenía el debido concepto acerca de la bondad de Dios.

6

Defensa de Antequera

Derrota
de los moros

Los nuestros, calculando la distancia y el ritmo de la carrera, empezaron a presionar sobre los bárbaros que se llevaban la presa desde estos lugares, y los empujaban mientras ellos lentamente se iban retirando a sitio seguro. Por último, no lejos de las murallas los acometieron por todas partes, los dispersan y dan muerte a cerca de dos mil hombres. Con muchos prisioneros y cargados de botín, regresan incólumes, habiendo que lamentar únicamente la pérdida de dos compañeros y las heridas de unos pocos.¹³

13 En las *Crónicas* se cuenta una incursión de los moros de Archidona, que hicieron el 28 de agosto, según la puntual referencia de la manuscrita (fol. 139). El encuentro entre los cristianos salidos por el aviso del real y los moros ocurrió cerca del "río que es entre Archidona y la Peña de los Enamorados" o sea el

Breves días después dióse remate a una torre movediza, en cuya construcción se consumió mucho más tiempo que el ordinario para evitar, como sucedió en otras ocasiones, que nada de ella se viniera abajo. Los vecinos, que ya hacía tiempo habían levantado hasta casi la mitad unos muros de mantas, esteras, centones, alfombras, colchonillos, para preservarse de las saetas y las bombardas, también ahora entablan las fortificaciones y protegen el vértice de su torre con todos los recursos humanos, y a uno y otro lado colocan cañones contra la aproximación de otra cualquiera torre nuestra, ya que los nuestros podían prevenirse contra todo esto, pues todo se realizaba ante su vista. Pero los vecinos tenían puestas sus esperanzas no tanto en las defensas abiertas como en las ocultas.

Los planes para dar al traste con todo este entramado de vigas, fueron los siguientes: echan abajo lo que constituía la parte media de su torre. Llenan todo el hueco con esparto, cáñamo, estopa y todo aquello en que el fuego prende con facilidad, dejando en el relleno una especie de agujero a modo de pequeña ventana un poco más abajo de la coronación de la torre, de donde brotando el fuego prendiera en nuestra escala que salía al exterior. Y la astucia se vio coronada con el éxito, si éxito puede llamarse sentirse favorecido, un breve tiempo, por la Fortuna, para luego caer nuevamente en su desgracia.

Guadalhorce. Los moros perdieron unos ciento cincuenta peones y tres caballeros muertos y unos sesenta, cautivos, según la manuscrita (fol. 140 v.), y cuatrocientos muertos, según la impresa (cap. CX, fol. 34 v.).

Refuerzo
de las murallas

Defensa
de la torre

Los cristianos
allanan
los fosos

La primer providencia que tomó el general fue ordenar que, dada la anchura de las máquinas, en la fosa cercana a los campamentos —pues había tres fosas— se tirase abajo la tierra amontonada con azadones, picos y marras. Luego la fosa de en medio debía llenarse hasta los bordes con troncos pequeños. Los de la población durante la noche salieron y le prendieron fuego. Al día siguiente, no sin lucha, este mismo lugar fue igualado con el resto del suelo, y, extendiendo las protecciones con que se cubrían los zapadores, gran parte de los montones de tierra de la tercera fosa fueron arrojados al centro de ella, no para comodidad de la máquina —que no había de pasar por allí— sino para que la infantería pudiera acudir con más facilidad a prender fuego en las puertas.

Ataque
de los cristianos
a Antequera

Al tercer día de realizar esta operación, al despuntar la aurora, el general mandó tocar las trompetas y que todos estuvieran sobre las armas, a fin de que, entrado el día, pongan cerco a la ciudad, cada cual en el lugar que se le ordene. A la hora prefijada, montado a caballo, pasó revista a las municiones, a los instrumentos para rellenar y unir con puentes las fosas, a las escalas, azuelas y demás utensilios, así como a todos los soldados, dirigiéndose nominalmente a algunos de ellos y exhortándoles a tener valor. Después de pasar revista, mandó que todos, antes de que empezasen a andar las máquinas, dispararan las bombardas, a fin de que si echaban abajo alguna defensa, no le quedara al enemigo tiempo para rehacerla.

Así las cosas las máquinas se pusieron en mo-

vimiento hasta la obra de la fosa tercera, y cuando la escala sobre el puente tendido ya estaba a punto de tocar el pináculo de la torre enemiga, los vecinos de la ciudad prenden fuego a su torre y tapan los demás respiraderos para que todas las llamas saliesen por aquel solo sitio. Lanzado el fuego por aquella estrecha salida, esparciendo en todas direcciones globos inflamados, dirigió todo su impulso contra la escala y su puente y no sólo maltrata con sus ardores a los que en ella se encaramaban, sino que con sus altas llamaradas privaban de la visión del cielo. Allí se dio el triste espectáculo de unos soldados enloquecidos que, abrasados por el fuego que los circundaba, temían venir abajo cuando la escala se quemase, mientras que no tenían la serenidad suficiente para volverse. A todo esto, los vecinos, además de otros proyectiles, devolvían todas las piedras arrojadas por nuestras bombardas, recogidas de toda la ciudad y acarreadas al pie de la torre, con gran destrozo de los que se apoyaban en la escala.

Mas, apenas se dieron cuenta del peligro, la máquina fue retirada, y cuando el puente fue separado de la torre a la que lo acercaron, ya estaba medio quemado y doblándose por uno de sus extremos y dejó caer a algunos que con las armas pretendían evitar el incendio y las piedras, pero no su ruina, con grandes lamentaciones de los suyos que los estaban contemplando. El general hizo juramento de no probar bocado hasta recuperar los cadáveres de los suyos. Tal actitud incitó a los nuestros a dedicarse con sumo ardor a su recuperación entre disparos de piedras y dardos. Una vez lograda, les dieron honorífica se-

Los moros
rechazan
el ataque

El puente
se incendia

Arriba de
los cristianos

Retiranse
los cristianos

pultura con todos los demás cadáveres asistiendo en persona el mismo general a la ceremonia del entierro, pues se trataba de personas escogidas por su elevación de espíritu, que habían sobresalido no sólo en aquella ocasión, sino también en otras.¹⁴

7

Los cristianos aprietan el cerco de la villa

Si después de este desastre las mencionadas tropas no hubieran acudido en ayuda de la ciudad, no sé si el general hubiera podido horrar del ánimo de los suyos el arraigado prejuicio de que los hados no habían decidido la conquista de Antequera y de Setenil¹⁵ por los nuestros, después de haber intentado en vano la desviación de las aguas, la construcción de los subterráneos y de la torre, además del recelo de experimentar un resultado aún más desastroso todavía en la pelea contra las numerosas tropas de los bárbaros. Sin embargo, los triunfos de los días anteriores no dejaban abatirse sus espíritus, y espontáneamente algunos increpaban a los otros que se manifesta-

Animos de
los cristianos

¹⁴ Este primer asalto frustrado a Antequera aconteció el 27 de junio (*Crónica* manuscrita, fol. 125 y sigts., e impresa, capítulos XCVIII-XCIX, fol. 31), aunque el Infante tenía preparado el ataque para el 24 de junio, día de San Juan, en que no pudo realizarse por los fuertes vientos que a veces en verano se desatan por la vega. Dice la *Crónica* manuscrita que los moros desde la torre "echaron mucho fuego de alquitrán y muchas estopas que ardían el escala" (fol. 125 v.).

¹⁵ Setenil, villa a la que puso cerco, como se dijo, en 1407, no había de ser tomada hasta 1484.

han más acobardados, sacando a colación, para animarlos, los honores tributados por el general a los difuntos, sus arengas y la promesa de recompensas.

En unos pocos días fue reconstruida la escala. Para proteger contra el fuego los entablados que le servían de apoyo, fueron recubiertos con cuero muy grueso y con pieles maceradas en vinagre y reforzados lateralmente con cabrios. Entre la escala y el puente, a modo de esclusa, se construyó una puerta practicable, para devolver por la escala las piedras que lanzaran desde arriba.

A los ocho días, cuando llegó el momento de poner en juego la máquina, a las tres de la tarde, Fernando, después de tomar la comida los soldados, los arengó de esta manera: "Como estáis viendo, compañeros, han sido corregidos los defectos que nos sirvieron de estorbo en los días pasados. El resto queda en vuestras manos. Mas no ponemos nuestra esperanza únicamente en la torre —aunque en ella pongamos mucha—, pues de otro modo no hablaría sino a los que han de subir en ella; pero la ciudad ha de ser conquistada por los cuatro costados, puesto que el ataque ha de producirse en toda su periferia. Mientras unos aplican las escalas a los muros, mientras otros presionan sobre las puertas o sobre cualquier lugar, si allí acude el enemigo, será menor el trabajo para los que van en las máquinas. Cuanto más vehemente sea el ataque de unos, más fácil oportunidad tendrán otros para entrar en la población. De esta manera os prestaréis mutuamente auxilio, y acaso se produzca el asalto por donde menos esperamos —como nos consta sucedió alguna vez—. Es raro

Arenga de
don Fernando

que los acontecimientos se desarrollen con sujeción estricta al plan preconcebido. Por ello hemos de ir acoplando las soluciones al curso que lleven los acontecimientos, buscando la compensación de las deficiencias en aquello en que cifrábamos nuestras esperanzas, poniéndolas en algo donde no las teníamos tan firmes, como sucede al cazador que, distribuyendo sus redes por diversos lugares, cobra mayor número de piezas allí donde menos se figuraba, que en el otro sitio donde tenía puestas sus esperanzas, donde, a lo mejor, no cobró ni una siquiera. Ya para vosotros no existe el peligro de caer en las fosas, porque en los días pasados han sido casi colmadas y en muchos sitios han sido tendidos puentes, de manera que el camino está expedito casi hasta las mismas murallas. Ven-gaos, pues, de la afrenta poco ha recibida. Dad la réplica al enemigo. Vengad a vuestros compañeros caídos bajo las llamas, las piedras o los derrumbamientos. Hacedles saber que no sois inferiores a ellos en ningún género de lucha. Si cuando erais menos en número, supisteis con vuestro exclusivo arrojo —no con emboscadas, ni de noche, ni con grandes artes de guerra— aplastar al poderoso ejército enemigo que os atacaba ¿no tendréis arrestos para derrotar ahora a unos cuantos de ellos? Aquí es donde se ha de ver el valor, del que ya disteis muestras en otras muchas batallas. Aquí es donde ha de ponerse a contribución el esfuerzo de aquel que se precia de tener en algo a su general, a su religión, a la gloria y al nombre de España. No se resuelve en estos momentos asunto de mayor importancia que el ventilado hace poco en el campo de batalla. Pero yo me atrevería

a decir que era más trascendental por el buen nombre, por la venganza de los compañeros, por la satisfacción del corazón indignado. Acabamos de llegar de otra batalla para conquistar Setenil, y hemos tenido que abandonar la empresa sin haberle dado cima. Ahora venimos a conquistar Antequera. Si no llegamos —¡el ánimo se sobrecoje y la lengua apenas si se atreve a expresarlo!—, si no llegamos —repito— a conseguirlo, sin haber rematado la obra ¿no seremos vencidos más bien que vencedores? Apartad, pues, tal vergüenza de vosotros, de la patria, de mí y —lo que es más importante— del nombre cristiano. Si nos llega la muerte sin peligro y sin sangre ¿qué méritos alegaremos ante Dios? Así pues, no hay por qué sobrecojerse si ya sucumbieron algunos de los nuestros o si otros han de sucumbir. Si los enemigos aferrados a sus supersticiones, y los demás hombres, en otras guerras, atraídos por el afán de recompensas, no se han arredrado ante ningún peligro ¿no habremos de considerar tanto más torpe vuestro miedo, habiendo tanta concurrencia de causas que os estimulen a vosotros? Tengo una especial recomendación que hacer a los que habéis de subir por la escala. Sois el terror de los enemigos y el punto de origen de la victoria. Para que las piedras no os alcancen hay una puerta por medio, y para que no sean pasto de las llamas se ha tenido cuidado de recubrir los huecos y las maderas con cuero, centones y cabrios. A vosotros os toca ahora poner en juego vuestro arrojo y celeridad, para que cuando nuestra máquina rebasa la fortaleza de los enemigos, vosotros los aplastéis mientras luchan por la torre, dando el repen-

tino asalto sobre ella, a fin de que con vuestra lentitud no les deis ánimos y tiempo a disparar sobre vosotros. Tú, Diego Fernández Dequines (?), coge este estandarte real que pongo en tus manos y ten presente que yo lo he de recoger ondeando sobre la torre enemiga al impulso del viento, o suspendido de la misma torre, pero hacia abajo, dilema que en sus dos extremos no puede resultar ni más glorioso para nosotros, ni más humillante y vergonzoso".¹⁶

8

El ataque decisivo a la villa. Toma de la población y rendición de la fortaleza. Antequera, cristiana

El ataque
cristiano

Pronunciada esta arenga, distribuyó a cada uno en su puesto, y luego mientras todos estaban en formación, avanzó la máquina y en el momento preciso, en deshecha catarata, arrastró en su ruina a muchos de los que defendían la torre. En el mismo instante salió por el agujero una tempestad de llamas, pues se dice que habían llenado la torre de materias inflamables, pero no de fuego corriente, sino de aquel que ni el agua puede apagar. Esta clase de fuego, una vez que ha prendido en objetos humedecidos —bien lo fomenta la misma humedad, bien lo rechace—, con estruendo horrible continuamente llenaba el espa-

¹⁶ Según la *Crónica* manuscrita (fol. 146 v.), los que fueron encargados del ataque desde la bastida fueron Carlos de Arellano y García Fernández Manrique, Alvaro, camarero del Infante, Rodrigo de Narváez y Pedro Alonso de Escalante, los dos primeros con treinta hombres, y los restantes, con otros treinta.

cio para impedir que pudiesen disparar saetas, lanzando bolas inflamadas de tamaño mayor que una cabeza de hombre. En este intermedio, Diego Fernández, no bien dieron suelta a la catarata, empuñando en su mano izquierda un escudo dorado y resplandeciente, y en la derecha el estandarte, fue el primero en saltar a la torre, más afortunado o más fuerte que los otros ocho días antes. Algunos van en pos de él y con las espadas desenvainadas atacan a los demás. Ellos, espantados, bien por la desgracia de los suyos, bien por la audacia de los nuestros, tras breve pelea, por el puente de madera que unía la torre con las murallas — porque habían demolido el de piedra— escaparon aceleradamente, y, una vez que lo pasaron, lo soltaron de las cuerdas que lo sostenían, cayendo en parte, y, en parte, quedando suspendido y pegado a la pared de la torre. Así lo hicieron para que los vencedores no pudieran descender por él a la ciudad. Encerrados de este modo, no les era posible ni hacer daño al enemigo, ni dar cabida en tan estrecho lugar a muchos de sus compañeros, que continuamente pretendían encaramarse. Los que venían detrás tenían que habérselas, no con los hombres, sino con las llamas, que procuraban apagar con vinagre preparado al efecto, rociando con él inmediatamente los cueros, las mantas y las maderas. Había que ver a unos subiendo con vasijas llenas, descender a otros con ellas vacías; a unos llenándolas, a otros alargándolas, y darse prisa, urgir y alentarse con gritos y clamores, en la más completa confusión, como sucede en el incendio de una casa. Todos los demás estaban pendientes de este espectáculo y atentos a sus resul-

Saltan
a la torre

Defensa de los
moros
con el fuego

tados, a los cuales pocas molestias causaban los emplazados en las murallas, pues se lo estorbaban nuestros saeteros. Todo el esfuerzo estaba concentrado en torno a la máquina, hasta el extremo de parecer que no se trataba de la conquista de la ciudad, sino de la máquina. Daban la sensación de haberse cambiado los papeles, los sitiados eran los sitiadores y viceversa; y los que sufrían el asalto los que asaltaban a sus conquistadores. De un momento a otro se estaba esperando que con la persistencia del incendio la escala se viniese abajo. Asimismo los que escaparon a la torre, se temían que en un instante se derrumbase la bóveda deshecha por el calor, sacudida además con la ruina del puente y quebrantada con el peso de los que habían subido a ella ignorantes de que no había bajada posible desde allí hasta las murallas; y juzgaban con mucha razón era un suicidio dar la vuelta por la escala, expuestos por todas partes a las saetas que contra ellos disparaban los de la ciudad. Toda la atención estaba concentrada en aquellos momentos en que el enemigo no se hiciera firme en las murallas junto a la torre, a fin de que los compañeros no fueran retirados del acceso a la puerta. No obstante, les era imposible estobar el paso clandestino de materias para alimentar el fuego. Preocupado con esto el general, comenzó a dar vuelta en torno a las murallas exhortando a todos a que las escalaran por el lugar que más cerca les cogiese, con el objeto de alejar la lucha de la máquina y de la torre. Pero, mientras iba cabalgando, se dio cuenta de una tronera en la parte más baja de la muralla, casi junto al suelo, por cuya abertura —en

Don Fernando
desvía la
resistencia mora

cuyo hueco casi cabía un hombre— salía de la ciudad el agua de las lluvias. Preguntando a uno que había vivido mucho tiempo en la ciudad, acabó de completar sus conocimientos sobre la materia. En consecuencia, dio inmediatamente a unos el encargo de agrandarla y penetrar por ella, mientras él para distraer al enemigo traslada el grueso de la refriega a otro lugar apartado de aquél, e intencionadamente se deja ver arengando a los combatientes. Ellos mientras, después de haber ensanchado la tronera, disimuladamente van introduciéndose unos tras otros, hasta que formando un ingente pelotón, a través de la ciudad llegan corriendo a la puerta de la torre, dan muerte a muchos y derrumban las puertas con la ayuda de los que se encontraban fuera. Mas, al acudir vecinos de todas partes, se entabló dentro de las murallas un encarnizado combate, y mientras se lucha por la posesión de la ciudad, dejan abandonados los muros que son ocupados por los nuestros. Finalmente, saltadas las puertas de sus quicios, penetran vencedores los cristianos y acometiendo por todas partes a los bárbaros, les dan muerte en medio de la población, saquean sus casas y las rocían con sangre de sus dueños. No se perdonó la vida a ningún joven. Muchos se refugiaron en los templos o en el alcázar, aunque el alcaide de la fortaleza acudió en ayuda de los que imploraban auxilio, más eficazmente que su Dios a los que acudían a las mezquitas; porque los nuestros se lanzaron sobre ellas para sus rapiñas con mayor avidez que sobre otro sitio y creyeron que éste era el lugar más adecuado para tales víctimas. Todo el pavimento nadaba en san-

Asalto
de la villa

El tejedor
imposible

gre humana. El recinto resonaba con los gemidos de los moribundos, y a ellos y a los que ya habían expirado se les despojaba de sus vestidos. Muchos, sin imaginárselo siquiera, sucumbieron dentro de sus casas, como le aconteció a un tejedor que, a pesar de haber oído que habían conquistado la ciudad, no cerró la puerta y continuó tejiendo como si tal cosa. No huyó, no se levantó siquiera —como si estuviera imposibilitado para hacerlo— perseverando en su labor. Y así sentado, tiñó con su sangre, antes de terminarla, la tela que estaba urdiendo. Los que se hallaban en la torre, para no quedarse sin participar en el botín, descendieron de ella deslizándose por una cuerda que se les echó. Igualmente el general, una vez que vio la puerta abierta, entró por ella con la cohorte pretoria, a banderas desplegadas, mientras aún duraba la pelea. Con su presencia se derrumbó en los vecinos el resto de alientos que les quedaba, si es que tenían alguno. A muchos de ellos que se arrojaron a los pies del vencedor, se les perdonó la vida. Asimismo numerosas mujeres que ocurrieron con sus hijos temerosas por su vida, fueron encomendadas al cuidado de unos hombres determinados. Diose orden al pregonero de que, apenas se apaciguase el tumulto del saqueo, hiciera saber que no se le haría violencia a ninguna mujer que prometiera hacerse cristiana.¹⁷

Fin
del asalto

oírse
alir y al

Das Feuerta
Jocis la
reimponen

17 Las *Crónicas* explican también este sistema de defensa de la torre mediante el fuego: "los moros tenían mucha leña en la bóveda de yuso de la torre, y tenían un horado hecho en la bóveda por do saliese el fuego, y pusieron fuego, y salía por medio de la bóveda por el horado una gran llama del fuego, que hacía arredrar los hombres de armas" (manuscrita, fol. 147 v.). Sobre las banderas, dice: "las primeras banderas que parecieron en la

Hallábase de pie en medio de la plaza Fernando en estos momentos, cuando se le presentó Diego Fernández con el escudo completamente acribillado, crispado de saetas y tan destrozado, que ya no le quedaba espacio para nuevas hendiduras, y con peso mucho mayor que el que llevaba al salir de operaciones. Al alargarle la mano el general para felicitarlo nominalmente, Diego le dijo: "Yo, mi general, teniendo presentes tus mandatos, tomé posesión de la torre, arrojé de ella al enemigo y planté la bandera. Mas entonces aconteció algo extraordinario: subimos, efectivamente, a la torre, pero, posesionados de ella, no pudimos descender. Lo que nos parecía sobremanera difícil, lo realizamos con toda facilidad. En cambio, lo que teníamos por fácil y llano, fue nuestro punto de ataque, y, como cuando se derrumba un puente sobre el río, se detuvo el curso de la victoria. Mas, de la misma manera que aquí inopinadamente la Fortuna te volvió las espaldas, así por otra parte, sin pensarlo, se mostró propicia contigo, queriendo que toda la gloria de este triunfo correspondiera a ti sólo". Respondióle el ge-

torre fueron las de García Fernández Manrique y de Carlos y de Alvaro y Rodrigo y Pedro Alonso de Escalante" (fol. 148). En cuanto a los que primero habían saltado de la escala a la torre, sobre esto se suscitó gran debate, y Alvar García cuenta que "fue hallado que los primeros cuatro que saltaron en la torre fueron: Gutierre de Torres, doncel del Infante, y García López de la Serna y Sancho Gómez de Vibreta y Fernán de Baeza" (fol. 148 v.). Por su parte, el Cronista hizo su pesquisa y "halló que los dos primeros que subieron en la torre fue el uno un vizcaíno de los marineros que vinieron de Sevilla, que le decían Juancho, y murió en la torre, y Juan de San Vicente, un escudero de Carlos de Arellano" (fol. 149). Este ataque se llevó a cabo el diez y seis de setiembre.

Preséntanse
a don Fernand
los combatiente

neral con estas palabras: "En efecto, cual nos corresponde sentir, esta victoria he de atribuir la a Dios en primer lugar, y en segundo a ti, que generosamente diste cuanto de ti esperaba. Por consiguiente, tu recompensa debe consignarse en el lugar que le corresponde".

Dueño ya de la ciudad, envió un rey de armas a los del alcázar con la advertencia de que tendrían ante sus ojos el ejemplo de lo que habían de sufrir si no se entregaban. Le pidieron una tregua de treinta días; y si en este intervalo el rey no les enviaba ningún socorro prometían la entrega del alcázar, a condición de conservar su libertad y sus haciendas. Se les concedió la tregua, pero no más de catorce días; y como para tal fecha no recibieron auxilio alguno de su rey, entregaron la fortaleza. Se les permitió recoger sus bienes y se les dejó marchar adonde tuvieran a bien. A los que se fueron a Granada se les concedió una compañía de doscientos équites que los llevaron hasta un lugar determinado. A los que preferían marcharse a Castilla les prometió que no les faltaría acomodo. Y así una parte en medio de la caballería que los había de acompañar, tomó el camino de la izquierda en dirección a Granada; la otra parte, que se quedó con el ejército, fue tratada con todo cariño y deferencia. Antequera fue sitiada, atacada, conquistada así como hecha la entrega de su alcázar, del mismo modo que todas las esclarecidas hazañas del general tuvieron su desarrollo en un martes, día consagrado, a juicio suyo, a Marte, esto es a la guerra, no por razones precisas y discretas, sino por servir de excusa para

Conminación
a los defensores
del alcázar
y treguas

Rendición
de la
fortaleza

los negocios de Marte.¹⁸ La ciudad fue purificada por los sacerdotes cristianos y fue repartida con sus campos entre los nuevos vecinos, que ignoraban por completo la lengua agarena. Se emprendió la tarea de la reconstrucción de las murallas que aparecían mucho más destrozadas por dentro a causa de los continuos disparos de las bombardas, que por la parte exterior. Todo a los seis meses de haber salido de sus hogares...¹⁹

Cristianización
y reparto
de
Antequera

18 La *Crónica* manuscrita dice que los cristianos entraron en el castillo el miércoles veinte y cuatro de setiembre, pero puede admitirse que el trato se cerrase el día anterior. Quedó convenido que "los moros del castillo que diesen al Infante el castillo y los cristianos cautivos que ende estaban, y que dejasen el pan [trigo] y cebada que ende estaban, y todos los almadragues [colchones], y que saliesen con todo lo otro suyo que pudiesen llevar, y el Infante que les diese mil y cien bestias en que fuesen las mujeres y las criaturas y lo suyo, y que los pusiesen en salvo en Archidona" (fol. 150 v.). Alvar García se nos muestra cronista cuidadoso de los datos sobre los que compone su historia, y precisa con exactitud que los defensores que quedaron del asedio: "los contó el historiador que ordenó esta Crónica, y fueron hallados que fueron por todos dos mil y seiscientos y veinte y ocho personas en esta manera: hombres de pelea, ochocientos y noventa y cinco; y mujeres, setecientos y setenta; y niños y niñas, ochocientos y setenta y tres. Desque fueron salidos, fuéronse al real que era ordenado, y allí estuvieron dos días vendiendo de sus cosas en tanto que les daban bestias para se ir, y murieron ahí unas cincuenta personas de los heridos y de los dolientes, y partieron dende, y fuéronse a Archidona" (fol. 151).

19 Cifra aproximada, pues don Fernando había partido de Valladolid para la guerra de la frontera en el mes de febrero de dicho año de 1410, y de Córdoba para plantar sus reales en Antequera el veinte y uno de abril.

los negocios de la corte. La ciudad fue purificada por los sacerdotes cristianos y fue repoblada con sus campos entre los nuevos vecinos que llegaron para trabajar la granja real. Se comenzo la labor de la reedificacion de las murallas que aparecieron muchos sus desmoronados por efecto de las continuas disparas de las bombas, que por la parte exterior, como a los pies de las montañas...

de haber salido de sus hogares... el pueblo se dio a la tarea de reedificar las murallas y de levantar las casas que se habian destruido. En consecuencia se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido. En consecuencia se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido.

de la ciudad mandada por el capitán... en el año de 1811 se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido. En consecuencia se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido.

de la ciudad mandada por el capitán... en el año de 1811 se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido. En consecuencia se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido.

de la ciudad mandada por el capitán... en el año de 1811 se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido. En consecuencia se reedificaron las murallas y se levantaron las casas que se habian destruido.

Chilindino
de
Astoria

Comandante
de la
Cuerpo

Residencia
de la
Cuerpo

I N D I C E

Págs.

PROLOGO, por Francisco López Estrada:

I.	La <i>Historia</i> de Valla	9
II.	La conquista de Antequera, según la <i>Historia</i> de Valla. 14	
III.	La leyenda de la Peña de los Enamorados	17

LA CONQUISTA DE ANTEQUERA, CON LA LEYENDA DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS,
por Lorenzo Valla:

1.	Antequera. El Infante don Fernando comienza el sitio de la villa	23
2.	El Rey de Granada envía en auxilio de los sitiados fuerzas mandadas por dos Infantes. Don Fernando arenga a los cristianos	28
3.	La batalla de la Boca del Asna, ganada por los cristianos	33
4.	Incursiones de moros y cristianos durante el cerco ...	41
5.	La leyenda de la Peña de los Enamorados	57
6.	Defensa de Antequera	60
7.	Los cristianos aprietan el cerco de la villa	64
8.	El ataque decisivo a la villa. Toma de la población y rendición de la fortaleza. Antequera, cristiana	68
	Indice	77



I N D I C E

Págs.

PROLOGO por Francisco López Estrada:

I.	La Historia de Vallá	3
II.	La conquista de Antequera según la Historia de Vallá	14
III.	La historia de la Población de los Españoles	17

LA CONQUISTA DE ANTEQUERA CON LA LEYENDA DE LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS por Antonio Vallá:

1.	Antequera. El castro don Fernando construye el alio de la villa	22
2.	El Rey de Castilla envía un ejército de los alidos para conquistar por don Inés don Fernando contra a las castillas	34
3.	La batalla de la Población de los Españoles	37
4.	Intervención de los reyes y castillos durante el cerco	41
5.	La batalla de la Población de los Españoles	57
6.	Defensa de Antequera	60
7.	Los castillos durante el cerco de la villa	64
8.	El cerco decisivo a la villa. Población de la población y destrucción de la fortaleza. Antequera cristiana	68
9.	Índice	71

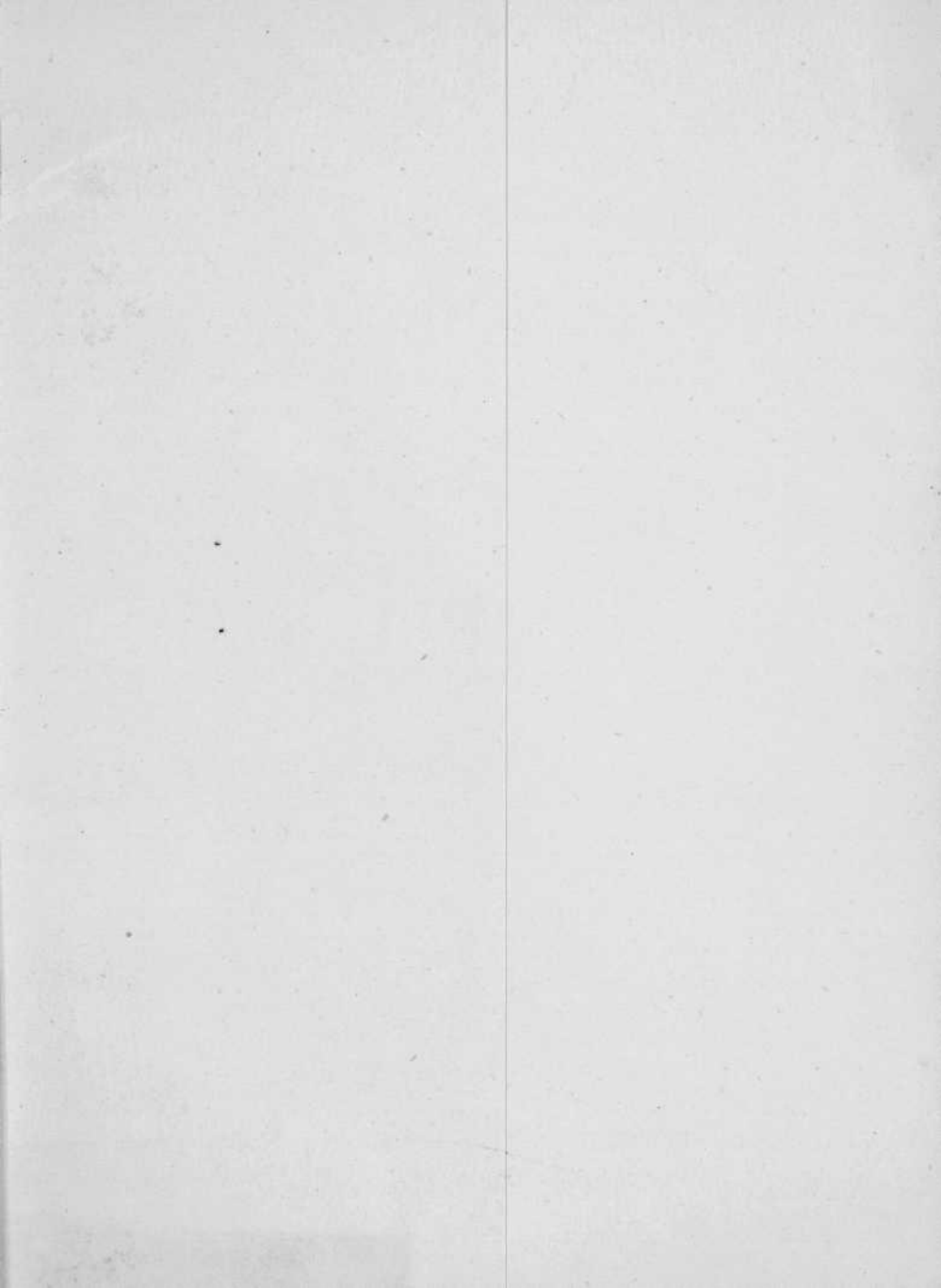
ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LA IMPRENTA G. E. H. A.
DE SEVILLA EL 23 DE
SETIEMBRE DE 1957,
FESTIVIDAD DE
SANTA TECLA

*



ACERQUE DE IMPRIMER ESTE LIBRO
EN LA IMPRIMERIA C. E. M. A.
DE SANTA FE DE BOGOTÁ, DE
SEPTIEMBRE DE 1957.
FESTIVIDAD DE
SANTA YECHE





PUBLICACIONES
DE LA
«BIBLIOTECA ANTEQUERANA»
* *
CAJA DE AHORROS Y PRÉSTAMOS
DE
ANTEQUERA
*